

# Movimientos seculares en el tardofranquismo y la transición



Enrique Berzal de la Rosa

(Universidad de Valladolid)

A día de hoy, los estudios más rigurosos sobre la historia del movimiento obrero bajo el Franquismo remarcan la impronta decisiva que, para su recuperación, tuvo la aportación católica en forma de militantes, instrumentos formativos y rudimentos organizativos. Es lo que hemos denominado posición rupturista en el terreno socio-político, posición protagonizada, con especial fuerza desde mediados de los años cincuenta, por organizaciones apostólicas, movimientos cristianos de base y clérigos contestatarios. El contexto de profunda modernización social y factores como la influencia del Concilio, el diálogo con el marxismo y la enemiga represiva de la dictadura alentaron este proceso, determinante sin duda para la historia de la Iglesia y del movimiento obrero español.

## **Un hecho crucial: los estatutos de 1959 consagran la especialización<sup>1</sup>**

En términos cualitativos, los años sesenta constituyen la época dorada de la Acción Católica Española, lo cual fue posible gracias al triunfo de un método de evangelización basado en la metodología de los movimientos especializados, proceso iniciado en la década anterior. Factores diversos explican esta progresiva mutación desde una AC triunfalista a otra especializada y comprometida: el cambio generacional experimentado dentro de la propia organización, la extensión de la oposición política, sindical y estudiantil al Régimen franquista, en la que participaron activamente militantes de los movimientos especializados (sobre todo JOC y HOAC), la evolución del Régimen desde la autarquía de postguerra al desarrollismo autoritario iniciado a finales de los cincuenta, el impacto teológico y pastoral de acontecimientos internacionales como el «Movimiento por un Mundo Mejor» del Padre Lombardi o el II Congreso Mundial de Apostolado Secular (Roma, 1957), y, por último, la aprobación del Estatuto de 1959, que difunde el modelo de la AC especializada y sanciona el método formativo de la Revisión de Vida. Más adelante, el impacto del Concilio Vaticano II vino a introducir una nueva explosión de vitalidad en el seno de la Iglesia española.<sup>2</sup>

El auge de la AC, singularmente destacado en las organizaciones especializadas juveniles y obreras, se extendió con rapidez a las ramas generales, siendo especialmente importante en la de Mujeres a través de la «Semana Impacto» promovida por Tomás

Malagón. Junto al paso de los centros generales, parroquiales, a los movimientos por ambientes, el método jocista de la Revisión de Vida fue asumido por los movimientos estudiantiles, rurales y urbanos. Revolucionario fue asimismo el Plan Cíclico de la HOAC, método formativo impulsado por Guillermo Roviroza y Tomás Malagón.

Se produjo así, por tanto, un cuádruple y decisivo paso cualitativo dentro de la AC española: del Círculo de Estudio, a la Revisión de Vida; del socio, al militante; de la acción intraeclesial y religioso-benéfica en parroquias, al compromiso en el ambiente; y de las masas, a las vanguardias que influyen en ellas. «En síntesis, el conjunto de cambios que implicaba el paso de la A.C. general a la A.C. especializada».<sup>3</sup>

Comparando el Estatuto de 1959 con las Bases establecidas 20 años antes, Pedro Escartín subraya las siguientes y más importantes diferencias:

1. Asimilan la teología de Pío XII sobre el laicado en cuanto le confieren mayor protagonismo en la vida de la Iglesia.
2. Consagran la estructura organizativa de la especialización: los Movimientos Especializados están regidos por Comisiones Nacionales y se conectan con el órgano supremo rector de la Rama correspondiente, siendo cada uno de los Presidentes Nacionales de Movimiento Vicepresidentes del Consejo Nacional de la Rama.
3. Al tratarse de una «colaboración en el apostolado jerárquico», se mantiene la subordinación a los obispos.
4. Se refuerza la unidad dentro de cada Movimiento, al conceder a las Comisiones Nacionales fuerza directiva sobre las unidades diocesanas.
5. Se mantiene la relación tradicional entre la Acción Católica y la política, subrayando que aquella, al igual que la Iglesia, «se mantiene por encima y al margen de los partidos políticos», si bien sus miembros, individualmente, pueden participar en este terreno.
6. Introducen un cambio radical en el método de formación, asumiendo la metodología activa propia de los Movimientos Especializados (método de encuesta y Revisión de Vida).

Para Miguel Benzo, los Estatutos de 1959, sabiamente impulsados por Alberto Bonet, suponían el paso de la «pastoral de autoridad» anterior a una «pastoral de testimonio» dirigida a cristianizar con el ejemplo.<sup>4</sup> Y en la toma de posesión de Santiago Corral como presidente de la Junta Técnica Nacional de AC, el cardenal primado expuso las posibilidades que esta nueva estructura ofrecía en el sentido de propiciar el cambio social:

«La misión de la Acción Católica en el terreno social es llevar a Cristo a los que están alejados: es una tarea inmensa que tenemos que realizar en todas partes y que exige mucho empeño porque hay mucho que hacer. Vamos a seguir laborando en las obras sociales iniciadas. Esta tarea no depende de nosotros solos: se enmarca dentro de los problemas generales de la nación. Tenemos que situar grupos de apostolado en todas las esferas sociales para ver si cambia esta sociedad española, que se dice católica y que no acaba de poner en práctica la doctrina social de la Iglesia».

Aunque los obispos advertían que «el nuevo Estatuto no introduce mutación en la sustancia de la Acción Católica», lo cierto es que sus novedades, al desarrollarse en medio de un régimen autoritario, abrían paso y anunciaban el conflicto posterior.

En efecto, la opción teológica de la «encarnación» en el propio ambiente y la asunción de la metodología activa –la formación por la acción–, tendrán consecuencias imprevisibles para todos: para un Régimen que se decía oficialmente católico y para una jerarquía eclesiástica que le seguía siendo mayoritariamente fiel comprometida estrechamente con el mismo. Precisamente las consecuencias socio-políticas derivadas del auge de la metodología de los movimientos especializados, y el temor suscitado en el episcopado por el carácter rupturista de las mismas explican la puesta en marcha, en 1961, de la Unión Nacional de Apostolado Seglar (UNAS), presidida por el arzobispo de Madrid, Casimiro Morcillo, con el cometido de controlar más estrechamente la actividad de dichos movimientos.

### **La especialización, única pastoral posible**

Aunque oficialmente sancionada con los Estatutos de 1959, lo cierto es que desde finales de la década anterior, la dinámica de la especialización se venía ampliando considerablemente en el organigrama de la AC: al poco tiempo de crearse la HOAC y la JOAC se organizó la Juventud Universitaria de Acción Católica (JUMAC), preludio de la posterior Juventud Estudiante Católica (JEC); a partir de 1956 se reconoce carta de naturaleza como Acción Católica Especializada a la Juventud Agrícola y Rural Católica (JARC) y a la Juventud Independiente Católica (JIC), mientras la JOAC se adhiere al movimiento internacional y se convierte en JOC. En 1958, la Juventud Masculina de la AC (JACE), siguiendo también el modelo de la JOC, transforma los centros parroquiales en movimientos especializados por ambientes y asume la Revisión de Vida. Por lo que se refiere a las ramas adultas, además de la HOAC existe la Unión de Graduados de Acción Católica, el Movimiento Rural de Acción Católica y Acción Social Patronal. Las Mujeres, por su parte, desarrollan nuevas formas de compromiso social, y los Hombres se plantean crear su propio movimiento especializado –Acción Parroquial Urbana– con el método de la Revisión de Vida.

Lo verdaderamente decisivo en estos momentos es el triunfo de la pedagogía activa, hasta entonces «patrimonio» exclusivo de los movimientos especializados, en los ambientes y organizaciones eclesiásticas más implicados en el terreno social: de la recristianización, a la encarnación; del triunfalismo, al diálogo; del cursillismo, a la pedagogía activa. Buen ejemplo de lo que decimos es lo ocurrido en las Semanas de Pastoral Social celebradas en 1961 y 1962 por mediación de la Comisión Episcopal Social. En efecto, la primera Semana, celebrada en el mes de enero de 1961, acogió un diagnóstico bastante crítico por parte de los sacerdotes presentes en la misma. Triunfante la metodología «especializada», estos clérigos constataban la carencia de mentalidad social en el Iglesia española y, por ende, la ausencia de una pastoral social adecuada. Lo más importante era la solución planteada: virar el sentido de dicha pastoral hacia la metodología aportada por los movimientos especializados de AC, especialmente los obreros y los rurales, y no centrarse en «las actividades puramente religiosas, culturales

y espirituales» sino propiciar «el desarrollo comunitario» de la barriada donde esté inserta la parroquia correspondiente.

Más explícita aún fue la II Semana, celebrada en febrero de 1962: la evangelización de los obreros pasa necesariamente por la implantación, extensión y fortalecimiento de los movimientos especializados, vinieron a decir los congregados. Y, de nuevo, la autocrítica:

«Existe una inadaptación de la pastoral a los ambientes obreros... Generalmente los sermones, homilías, misiones populares, etc., no se adaptan a la mentalidad y a los problemas de la clase obrera; a veces la predicación va contra sus aspiraciones legítimas; se tiende al moralismo y al minimismo, sin acentuar el sentido de generosidad y libertad».

El remedio pasaba por la «insustituible presencia activa de obreros militantes cristianos, si de veras se pretende la recristianización del mundo obrero. Y para la formación de esos militantes, la experiencia ha demostrado la eficacia de esos movimientos apostólicos obreros». Es más, los sacerdotes reunidos en esta Semana creían necesario extender la pedagogía de los movimientos especializados a «toda la Iglesia», no en vano «esta acción debe realizarse también sobre las mismas estructuras, a las cuales no llega la acción de los militantes». Incluso denunciaban las dificultades a las que se veían sometidos movimientos como JOC y HOAC: «El mundo clerical, en términos generales, no valora este apostolado... No hay comprensión ni colaboración, y, a veces, hay oposición».

### **Una nueva cultura política para un «nuevo movimiento obrero»**

Ciñéndonos al terreno de la función para-política ejercida por los movimientos católicos durante la dictadura, es preciso tener en cuenta la eclosión, a partir de mediados de los años cincuenta, de una nueva cultura política y sindical dentro de los denominados «cristianos de izquierda», hecho que coincide con el avance del diálogo entre cristianismo y marxismo pero también con la progresiva reactivación tanto de la oposición política a la dictadura como del movimiento obrero español.

Como bien señala Rafael Díaz-Salazar, este colectivo de la Iglesia adquirió una determinada posición política a través de una específica socialización recibida de los movimientos cristianos más importantes de la época, imperando, desde el punto de vista de la ideología y práctica sindical, la centralidad de la autogestión, la concepción del movimiento sindical como «Frente Obrero» y la creación de «comisiones obreras», pues no conviene olvidar que desde mediados de esta misma década, especialmente a impulsos de la política de «reconciliación nacional» planteada por el Partido Comunista, los cuadros militantes obreros más destacados alentarán la estrategia de aprovechar los cargos representativos del sindicato vertical para emprender tareas reivindicativas e ir generando un amplio movimiento obrero y socio-político dirigido, en última instancia, a derribar la dictadura.<sup>5</sup>

Cultura política cristiana y revolucionaria que en términos intelectuales discurre pareja, como decimos, al lento pero imparable proceso de diálogo entre cristianismo y

marxismo, explicitado en España en la orientación socialista y marxista del pensamiento de ciertos sectores cristianos tanto del mundo universitario (Cerón, Fernández de Castro, Comín, Gomis, González Casanova...) como del obrero (Roviroza, Malagón, Roy, Zufiaur, Alcázar), en la creación de sindicatos como el SUT (Sindicato Universitario del Trabajo), SOCC (Solidaridad de Obreros Cristianos catalanes, 1956) o FST (Federación Sindical de Trabajadores, 1957), y en la aparición de partidos políticos clandestinos como el famoso Frente de Liberación Popular (FLP), formación creada en 1958, situada a la izquierda del PCE y en la que por primera vez se experimenta la convergencia entre marxismo y cristianismo en España.<sup>6</sup>

Tres principios conforman, según Díaz-Salazar, la mentalidad política de dichos «cristianos de izquierda»: la prioridad de los pobres, la centralidad de la persona frente al capital, y la socialización de la economía desde la perspectiva de la comunión de bienes. Frente a capitalismo, comunismo o Democracia Cristiana, estos colectivos propugnan una «alternativa revolucionaria» obrerista y personalista que renuncia al confesionalismo y apuesta por construir organizaciones nítidamente obreristas pero desde una inspiración cristiana, organizaciones abiertas a los no cristianos y acogedoras de pensamientos heterodoxos que, según ellos, recogiesen las «partes de verdad» presentes en el anarquismo, marxismo y socialismo no marxista.

Ejemplo paradigmático de esta nueva cultura política acuñada en los movimientos eclesiales de raigambre obrera es la generada en los años cincuenta por la HOAC, organización cuya originalidad como cantera de militantes obreros y plataforma que contribuyó a la génesis de un nuevo movimiento político y sindical estriba en su eficaz tarea de difusión de una nueva mentalidad revolucionaria y socialista de inspiración cristiana, cuya concreción, aun asentada sobre el diálogo con las ideologías del llamado movimiento obrero histórico (marxismo, socialismo, anarquismo), tuvo la especificidad de valorarlas críticamente para dar a luz un movimiento de nuevo cuño englobado bajo la denominación genérica de «Frente Obrero».

Este diálogo crítico con las ideologías de los «antepasados en la lucha obrera», propiciado por el método formativo del «ver, juzgar y actuar», tuvo como escenario privilegiado los ya citados Grupos Obreros de Estudios Sociales (GOES),<sup>7</sup> y arrojó, como conclusión más inmediata, un rechazo radical tanto del capitalismo como del colectivismo estatalizador, pero también, y esto es lo más importante, la asunción de aquellas «partes de verdad» que existían en dichas ideologías. Estamos, pues, ante la eclosión de una mentalidad política propia, de un pensamiento político original, de matriz cristiana, una mentalidad revolucionaria asumida desde la doble posición de apertura y rechazo del marxismo y del comunismo soviético. Veamos más detenidamente este proceso.

#### a) Lo «mejor» y lo «peor» del marxismo y del socialismo real

A principios de los sesenta, pocos activistas comprometidos en la reconstrucción del movimiento obrero español podían escapar de la atracción ejercida por el mar-

xismo, más aún cuando el Partido Comunista constituía la fuerza organizada más eficaz en las labores de oposición al Régimen. Por lo que se refiere a los católicos, este proceso, salvo casos aislados y excepcionales, en modo alguno consistió en un «entreguismo» acrítico, pues dichos militantes, por el contrario, valoraron positivamente algunos de los principios contenidos en esta ideología, rechazaron sus aristas más opuestas a la religión y disintieron expresamente de su concreción histórica, esto es, de unos regímenes comunistas o de «socialismo real» a los que calificaban despectivamente de «capitalismo de Estado», «regímenes totalitarios» y sistemas opresores de la clase trabajadora.

No se les ocultaba que el marxismo había hecho brotar en el seno de la clase obrera el sentido de responsabilidad, conciencia social, el ejercicio de la solidaridad y la entrega incondicional a su doctrina, reconocían que «Marx fue el primero que animó a los trabajadores a que se uniesen con el fin de barrer al capitalismo que les estaba explotando», que el marxismo supo organizar inteligentemente, con entusiasmo y empuje «las campañas en defensa de su causa»,<sup>8</sup> que, haciendo gala de un acusado realismo, trató «los problemas obreros con conocimiento de causa», y que los marxistas tenían «fe y confianza en la clase obrera, para la regeneración de la Humanidad toda».

Sin embargo, otros aspectos del marxismo que sólo no les servían, sino que contradecían sus fines. En efecto, entendían que la ideología marxista también había producido «militantes resentidos de ciega obediencia», obreros que pasaron al «polo opuesto» descuidando la dignidad humana y «esclavizándose más en sus conciencias y en sus cuerpos», «hombres masa, fieles a una consigna, que obedecían ciegamente», «hombres con cuerpo fuerte pero con una cabeza muy pequeña, es decir, *mesías* que no eran íntegros, puesto que les faltaba la fuerza sobrenatural». El marxismo, continuaban, alentó en algunas ocasiones la violencia y la lucha de clases, despreció la convivencia en el amor y la justicia, lo cifró todo en conquistas materiales y convirtió la lucha obrera en lucha política. Con todo, lo más detestable era, en su opinión, la instrumentalización que determinados líderes y partidos que se decían marxistas hacían de los intereses obreros, con el único y último objetivo de consolidar un régimen político esclavizador y totalitario:

«Estos militantes fueron absorbidos, ahogados por el poder político en los países donde se estableció el régimen comunista, por lo que hubo muchos engaños y desertiones entre estos militantes, al darse cuenta de que se les utilizaba como instrumentos para la consecución de intereses que no eran obreros».

Peor parado salía de sus análisis el «socialismo real»: la URSS y las democracias populares no tardaron en convertirse en blanco y descarga de toda clase de acusaciones, con afirmaciones tan rotundas como éstas de los vallisoletanos:

«El obrero ruso, antes de la revolución, era un esclavo, un hombre sin perspectivas de solución, pero, en medio de todo, contento con su suerte. Ahora puede ser que viva económicamente mejor, pero laborando el futuro paraíso a costa de la renuncia a la libertad,

a toda iniciativa, y en la opresión estatal más tiranizante. (...) Nosotros, como cristianos y a impulsos de una conciencia vivida del derecho natural, proclamamos y salimos al paso de los hechos con el “slogan” paulino: “No se han de hacer cosas malas para conseguir cosas buenas. O si se quiere, el fin no justifica los medios».

Es más, basándose en las encíclicas *Mater et Magistra* y *Qui pluribus*, militantes como los de la HOAC vallisoletana sólo encontraban de positivo en aquel socialismo real «el mejoramiento en el aspecto económico y educacional»; todo lo demás se les antojaba represión, servidumbre y espíritu totalitario:

«No encontramos nada que tienda a la promoción, pues al estar el individuo encadenado física y económicamente al Estado, sólo logrará aquello que el Partido considere necesario para sus fines. La iniciativa [...] está totalmente anulada [...] La sumisión y el servicio incondicional al partido es el único medio para llegar a ocupar un cargo. [...] La educación recibida por el pueblo está montada para amurallar más el poder del Partido. [...] Aquí todo es del partido y no reconoce nada, ni nadie capaz por su cuenta de realizar ninguna labor».

«Dictadura... Autoritarismo... Partido único»... de tamaña desafección sólo se libraba de la experiencia consejista yugoeslava, pues, según decían, «facilita la presencia del pueblo en la Administración, porque vemos los consejos de obreros elegidos entre ellos mismos para dirigir las empresas».

#### **b) Socialistas y anarquistas, casi modélicos**

Diferente era el juicio sobre la labor realizada en el pasado por PSOE, UGT y CNT, a los que consideraban sus antepasados en la lucha obrera; de aquel partido resaltaban sus concomitancias ideológicas con postulados tan importantes en la Doctrina Social de la Iglesia como eran la lucha por suprimir la miseria y conseguir la nivelación entre las diferentes clases sociales, la defensa del obrero, la condena de la propiedad privada «de corte liberal», el afán democratizador en todos los aspectos de la vida –económico, cultural y político–, la voluntad de redistribuir el capital y la renta, la defensa de una política de pleno empleo y de acceso a los Servicios Sociales, y el respeto conferido a toda persona y su libertad.

Concretando aún más, de los antiguos militantes socialistas valoraban su espíritu de lucha, la tenacidad (fe y esperanza), su capacidad de organización, la conciencia obrera (encarnación en el mundo obrero y sus problemas), la fidelidad al pueblo, su afán proselitista, su integridad moral, la capacidad de sufrimiento, la actitud prudente y su sentido democrático. Todos estos valores constituían, en su opinión, elementos altamente aprovechables para ejercer una auténtica labor de apostolado. Sin embargo, otros se les antojaban frontalmente opuestos a sus principios, sobre todo la profesión de ateísmo, pues truncaría la promoción integral del hombre al negar la existencia de Dios; las tendencias totalitarias en pro de una «estatificación» que ahogaría la libertad y la autogestión obrera; la insistencia en una lucha de clases que fomentaba el odio y la violencia; y por supuesto, el «pretender organizar la convivencia política y social combatiendo a la vez toda idea religiosa». Además, de

la trayectoria histórica del PSOE criticaban el apoyo concedido a la dictadura de Primo de Rivera y el extremismo largocaballerista de la Segunda República.

La UGT, sin embargo, tenía para ellos el mérito de haber creado «ideológicamente en la vida real un afán de SOLIDARIDAD humana y unas exigencias de superación profesional», de haber luchado por conseguir «la promoción intelectual de sus asociados», a quienes en todo momento había tratado de defender frente a las funestas consecuencias del liberalismo económico. No estaban de acuerdo, de nuevo, con la profesión de fe en la lucha clases de la central sindical, responsable, según estos militantes cristianos, de «infundir el odio a las demás asociaciones locales».

Los anarquistas, por último, les aportaban valores ejemplares como el idealismo y el inconformismo, la encarnación en el mundo obrero, la entrega, tenacidad, honradez, clarividencia y solidaridad, la negación del capitalismo y del comunismo totalitario; pero no aceptaban la voluntad de construir una sociedad con libertad sin límites ni reconocimiento de autoridad —mucho menos la divina—, rechazaban de plano el empleo de la violencia —«acción directa»— y se alejaban de aquel exceso de utopía que, en su opinión, dificultaba todo análisis realista e impedía un conocimiento más exacto de la realidad.

### c) **Conclusión: el «Frente Obrero», única salida netamente revolucionaria**

Tenían, pues, en mente los cristianos de izquierda de la HOAC la necesidad de crear algo nuevo, una mediación político-sindical más adecuada a sus valores que les permitiese avanzar en el objetivo general de transformar radicalmente las estructuras sociales, económicas y políticas en un sentido acorde con los planteamientos evangélicos. Siguiendo al asturiano Jacinto Martín,<sup>9</sup> auténtico formador de sindicalistas cristianos, los militantes de la HOAC asumieron la estrategia del llamado «Frente Obrero», fórmula explicitada por vez primera en 1956 en un intento de concretar esa mentalidad revolucionaria, anticapitalista y socialista de inspiración cristiana en plataformas alternativas —cuando no frontalmente opuestas— a la ortodoxia marxista y al verticalismo imperante...<sup>10</sup>

«El obrero realiza un esfuerzo por mejorar su condición, pero a su esfuerzo se le opone el de “un cierto mecanismo”, cuya tendencia es impedir o retrasar ese mejoramiento, esa promoción obrera y prolongar el orden existente. El orden económico existente es, sin duda alguna, una versión o nueva forma del liberalismo económico o capitalismo. El conjunto obrero, en cuanto realiza ese esfuerzo por su promoción es, no sólo un movimiento, el Movimiento Obrero, como se le viene llamando, sino un movimiento combativo, por lo que nosotros le denominamos Frente Obrero. Los que se enfrentan son, pues:

De una parte, EL CAPITALISMO.

De otra parte, EL FRENTE OBRERO.»<sup>11</sup>

El objetivo último de esta propuesta aspiraba a la creación de organizaciones sindicales de carácter aconfesional y abierto, plataformas verdaderamente autónomas y unitarias, aunque para ello tuvieran que aprovechar, de manera circunstancial y estratégica, los instrumentos del por entonces tan detestado y desacreditado sindi-



cato vertical franquista. Este último aspecto coincidía plenamente con la estrategia comunista de propiciar el «entrismo» en el sindicato oficial para movilizar a la clase trabajadora en una lucha conjunta que, en último término, pretendía derribar la dictadura franquista. Aunque, por supuesto, el comunismo era completamente desterrado del horizonte real del «Frente Obrero»:

«EL COMUNISMO ES PERVERSO, PORQUE AL NEGAR LOS FUNDAMENTOS DE MI FE, NIEGA COMO CONSECUENCIA INMEDIATA LOS FUNDAMENTOS DE MI LUCHA. Los argumentos de tipo práctico que contra la solución comunista esgrimen las unidades puras y evolucionadas del Frente Obrero son ciertamente válidos. Rechazan la revolución catastrófica, dilapidadora de valores esenciales y finos; rechazan sus métodos despóticos, su fanatismo de poder, su fría y reflexiva explotación del trabajador; rechazan su evidente desviación y esterilización de la lucha obrera, su torpe frustración de los ideales obreros.

Argumentos válidos sin duda alguna. Pero el de nuestros obreros cristianos es el de mayor fuerza obrera. Porque viene “desde la fe”, el terreno donde están las razones profundas de la lucha».

Autogestión, asamblea, base obrera y promoción integral de la clase trabajadora constituyeron, desde un primer momento, expresiones clave en la jerga obrerista de estos sindicalistas cristianos, quienes, siguiendo fielmente las tesis de Jacinto Martín, procedieron a poner en marcha un movimiento obrero de nuevo tipo, unitario y anticapitalista que apostaba por la «propiedad obrera» de los medios de producción y tenía en la *asamblea de fábrica* su elemento decisivo de discusión, representación y reivindicación. Incluso, en 1960, la HOAC creyó poder materializar dicha propuesta en un sindicato entre cuyas características estaba la afiliación «obligatoria».<sup>12</sup>

### **La praxis concreta: los movimientos católicos obreros anticipan la democracia en España**

La evolución interna de la AC, el contexto político autoritario y el desarrollo experimentado por la sociedad española a partir de mediados de los cincuenta explican el hecho de que los movimientos católicos españoles se erijan en instrumento efectivo de socialización política democrática durante el Franquismo. El terreno del llamado «nuevo movimiento obrero» es, en este sentido, paradigmático de la función para-política desarrollada por las organizaciones católicas españolas.

Esta labor socializadora en términos democráticos fue posible, en un primer momento, gracias a la eficacia del método formativo basado en la Revisión de Vida, responsable de la extensión a todos los niveles del «compromiso temporal». Pero tampoco debemos olvidar las «razones de clase» presentes en todo momento, pues la vivencia de situaciones de penuria, explotación, control y sometimiento en el centro de trabajo, el contacto con los compañeros de fábrica, la permeabilidad hacia todo lo que significara superar esa situación de expolio, y la acción de la oposición clandestina al Régimen tuvieron mucho que ver en la configuración de los movimientos católicos como cantera de militantes y actividades antifranquistas.

Íntimamente ligado a esto último se encuentra el influjo de los primeros movimientos de autocritica en el seno del catolicismo español, el acercamiento progresivo a la cultura e ideologías del movimiento obrero histórico, y el diálogo con el marxismo (iniciado antes en Francia e Italia), agudizado tras la eclosión del Concilio Vaticano II. Por otro lado, la dura represión gubernamental desatada contra las fuerzas políticas y sindicales clandestinas –especialmente contra el Partido Comunista, buque insignia de la oposición organizada– y la situación privilegiada de la Acción Católica en términos asociativos, de propaganda y reunión, explican la configuración de las organizaciones cristianas como islotes de libertad en una España autoritaria.

No menos influencia tuvo, además, la renovación generacional experimentada desde finales de los cincuenta por la sociedad española, especialmente la proliferación, en el terreno de la militancia católicas y antifranquista, de jóvenes activistas ajenos al recuerdo de la Guerra Civil.<sup>13</sup> Renovación generacional cuyos ímpetus aperturistas fueron inteligentemente encauzados a través de los resortes políticos y sindicales introducidos por el Régimen con objeto de facilitar el crecimiento económico y legitimarse frente a las potencias occidentales.

De esta manera, a partir de 1962, la aportación de los movimientos católicos obreros a la lucha por la democracia se convierte en uno de los pilares esenciales de la oposición al Régimen de Franco. La aprobación, por parte de éste, de la Ley de Convenios Colectivos (1958), que permitía negociar directamente con la empresa y emprender, al mismo tiempo, acciones de coordinación, movilización e incluso infiltración en los movimientos católicos de comunistas, socialistas y libertarios serán, igualmente, factores importantes que jalonan este proceso. Los años cincuenta y sesenta constituyen, pues, la «época dorada» del famoso papel de «suplencia» ejercido por las organizaciones católicas en la España franquista.<sup>14</sup> Veámoslo. Como ya adelantamos, los católicos compartieron con los comunistas la estrategia de infiltrarse en el sindicato vertical («entrismo»)<sup>15</sup> y en las organizaciones oficiales con objeto de eludir la represión, ligar las masas a su proyecto y desenmascarar dichas instituciones ante los obreros. Iniciado en 1954 y afianzado a principios de los sesenta, el «entrismo» alcanza sus más altas cotas a partir de 1966, año en que las candidaturas de CCOO consiguen un éxito notable, pudiendo decir que comunistas, militantes de JOC y HOAC y de las jesuíticas Vanguardias Obreras,<sup>16</sup> unidos a falangistas disidentes y demás trabajadores inquietos, coparon casi por completo las secciones más importantes y conflictivas de los sindicatos verticales.<sup>17</sup> A partir de aquí, su labor será determinante a la hora de crear nuevas plataformas como Comisiones Obreras o incentivar movimientos huelguísticos, pues, como señalaban algunas autoridades,

«por la intervención y actuación de la JOC y de la HOAC se observa [...] que cada vez son más audaces y frecuentes sus intervenciones en las reuniones sindicales, con la manifiesta intencionalidad de sembrar la discordia en los Sindicatos, al ser la primera finalidad que tienen, como claramente lo exponen constantemente, la libertad sindical».<sup>18</sup>

En efecto, las **huelgas** más destacadas de los años sesenta (Asturias, País Vasco, Barcelona, Madrid)<sup>19</sup> contarán con la presencia de militantes cristianos. Especialmente importantes serán, en este sentido, la asturiana de 1962, impulsada por jocistas y hoacistas que militaban en la clandestina USO,<sup>20</sup> y la mítica huelga de Bandas de 1966-67, esta última alentada por el «equipo HOAC».<sup>21</sup> Participación activa que incluía, además, algo tan cultivado en el movimiento obrero histórico como era la **solidaridad** con los compañeros represaliados: en efecto, no pocas veces, los locales de la Acción Católica Obrera y domicilios particulares sirvieron de cobijo y refugio a obreros represaliados y deportados, mientras en el seno de estas organizaciones se ponían en marcha fondos de solidaridad al estilo de las cajas de resistencia de los sindicatos de clase.<sup>22</sup>

Instrumentos destacados a este respecto fueron el «Fondo Común» constituido en Asturias a raíz de los conflictos mineros de 1962, promovido principalmente por los comunistas y destinado a socorrer económicamente a los obreros despedidos, el fondo de solidaridad semiclandestino puesto en marcha por la Comisión Nacional de la HOAC para tales menesteres,<sup>23</sup> o la campaña emprendida en 1967 por esta misma organización con objeto de visitar a trabajadores deportados, «muchos de ellos conocidos por su integridad en el testimonio de la Verdad y de la Justicia por conseguir la promoción integral de la clase obrera». Los militantes cristianos, en efecto, asistieron a estos hombres, buena parte de ellos «abandonados en zonas rurales, sin trabajo y con mil fatigas, ignorándolo sus propias familias», no en vano eran alentados desde Madrid para, mediante su testimonio, «hacer realidad las Bienaventuranzas».<sup>24</sup>

Gran importancia tuvo también el movimiento cooperativista fomentado por los colectivos cristianos, íntimamente ligado al movimiento obrero histórico pero escasamente estudiado para la época que nos ocupa<sup>25</sup>. Especial impacto tuvieron en este terreno los planteamientos teóricos de Guillermo Roviroa, su apuesta por la cogestión y la democracia económica frente al capitalismo imperante. De hecho, el líder de la HOAC, basándose en el estudio de Martín Molina sobre la empresa proporcionalista, promulgaba el movimiento cooperativo por considerarlo una «obra de transición hacia la propiedad humana», vigorosamente defendida en su Manifiesto Comunitarista.<sup>26</sup> En efecto, el líder de la HOAC consideraba las cooperativas la herramienta más idónea para construir una sociedad nueva basada en el horizonte comunitario de las enseñanzas evangélicas, con un sistema económico y de relaciones sociales opuesto tanto al capitalismo como al comunismo soviético.<sup>27</sup> Es más, para tales menesteres, la Hermandad puso en marcha, a partir de 1961, un Servicio Cooperativo dedicado a la promoción de cooperativas por toda España.

Los más exitosos y afamados experimentos cooperativos que contaron con aportación cristiana tuvieron lugar en el País Vasco (la famosa «Experiencia Mondragón»<sup>28</sup>), Córdoba (Tipografía Católica)<sup>29</sup> y Valencia (SALTUV).<sup>30</sup> Otras muchas cooperativas de consumo, viviendas y producción fueron alentadas por militantes católicos en Cataluña, Madrid y en localidades más reducidas de la geografía española.<sup>31</sup> Inmediatamente, este

movimiento cooperativista de raíz cristiana se granjeó la enemiga no sólo de patronos y empresarios, sino también, y a veces con inusitada fuerza, de la Falange local, que además de la competencia directa temía la entrada de elementos socialistas en dichas entidades.<sup>32</sup>

No menos impacto tuvo la recuperación del **1º de mayo**, mítica fiesta del trabajo que a partir de 1959, los movimientos católicos se encargaron de organizar rechazando los esquemas paternalistas de la festividad de San José Artesano instaurada en 1955 a instancias vaticanas; una fiesta del trabajo que no tardó en erigirse en competencia directa de la celebrada por la Organización Sindical franquista y, debido a su talante progresivamente reivindicativos, fue constantemente vigilado y perseguido por el Régimen.<sup>33</sup>

Los católicos más comprometidos tuvieron mucho que ver en la puesta en marcha de nuevos **partidos y sindicatos** democráticos que se movieron con desigual éxito en la clandestinidad.<sup>34</sup> Las primeras organizaciones sindicales surgieron ligadas a la central democristiana entonces pujante, la Confederación Internacional de Sindicatos Católicos (CISC), aunque enseguida se desgajaron de ella o asumieron el giro aconfesional y filosocialista que experimentó en los años sesenta.<sup>35</sup> De esta manera surgió, en 1956, Solidaridad de Obreros Cristianos Catalanes (SOCC), vinculada a la CISC y que pronto abandonó la “C” de Cristianos para emprender una trayectoria mucho más laica.<sup>36</sup> Este mismo origen alentó la Federación Sindical de Trabajadores (FST), iniciada a raíz de las huelgas asturianas de 1958 por militantes de JOC, pues la Ley de Convenios Colectivos suscitó un interesante debate dentro de la organización juvenil que, entre sus conclusiones más interesantes, incluyó la de poner en marcha un sindicato de clase.

De igual manera surgió, en 1960, la Unión Sindical Obrera, auspiciada por los jocistas de Rentería, concretamente por Eugenio Royo.<sup>37</sup> Una central que, según exponía su famosa *Carta fundacional*, se decía identificada con el socialismo democrático e iniciadora de un nuevo tipo de sindicato, ante todo democrático, unitario y plural.<sup>38</sup> A las jesuíticas Vanguardias Obreras corresponde la iniciativa de poner en marcha, en 1962, la Acción Sindical de Trabajadores (AST), donde también estuvieron militantes de la HOAC y otros del Movimiento Católico de Empleados.<sup>39</sup> Pero sin duda alguna, la aportación sindical más importante de los militantes cristianos fue la puesta en marcha, a partir de aquellas movilizaciones mineras de La Camocha, de Comisiones Obreras (CCOO):<sup>40</sup> jocistas, militantes de Vanguardias, HOAC, comunistas, socialistas y otros independientes nutrieron las primeras filas de un movimiento sindical y socio-político que, oficializado a partir de 1966, adoptará en sus inicios un talante plural, democrático, unitario, abierto y asambleario. Por poner algún ejemplo significativo, el secretario de la primera CCOO de Barcelona (1964) fue un militante de la HOAC, Ángel Alcázar, y de esta misma organización procedía la dirección de la primera Comisión Obrera de Bilbao, creada en 1962; además,

en 1964, cuatro de los siete miembros de la primera comisión obrera de Cantabria procedían de la HOAC (Peredo, Morante, Pacheco y Álvarez), y otro tanto ocurrió en localidades como Madrid y Alicante, mientras en Andalucía, CCOO nacía en los años sesenta gracias, en buena medida, al apoyo de las militantes y consiliarios de Vanguardias Obreras. Aun así, el progresivo protagonismo y control comunista sobre CCOO suscitó, a finales de los sesenta, un rechazo generalizado entre los militantes católicos, para quienes el PCE pretendía convertirlas en su «correa de transmisión» dentro del movimiento obrero (algo similar, salvando las distancias pertinentes, a lo ocurrido con las ACLI en la CGIL).

Por último, en 1960, de nuevo militantes de JOC y HOAC participaron activamente en la creación del FOC, rama obrera del Frente de Liberación Popular, y siete años más tarde, socialistas y cristianos descontentos con el predominio comunista en CCOO pusieron en marcha en Madrid la Federación Sindical Democrática. Por su parte, en la Universidad española, la lucha contra el oficialista y falangista Sindicato Estudiantil Universitario (SEU) fue auspiciada por católicos (muchos de ellos de la JEC), comunistas, socialistas y jóvenes políticamente independientes aglutinados en formaciones como la Nueva Izquierda Universitaria (NIU) y la Unión Democrática de Estudiantes, sin olvidar la creación, en 1961, de la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), frente común contra el SEU. Algo parecido llevó a cabo el Servicio Universitario del Trabajo (SUT), impulsado por el jesuita Padre Llanos.

En el terreno propiamente político, además de los «clásicos» y democristianos UDC, DSC e ID<sup>41</sup> adquiere ahora especial relevancia el Frente de Liberación Popular (el mítico «Felipe»), partido clandestino de neta inspiración cristiano-marxista, creado en 1958 a resultas de los conflictos estudiantiles de 1956 y directamente conectado con la Nueva Izquierda Universitaria (NIU). Liderado por el católico de izquierdas Julio Cerón, y fundado por hombres ligados a la JOC y al SUT del Padre Llanos, el FLP mantuvo una estrecha relación con la HOAC y abanderó una ideología radical que bebía del tercermundismo, el marxismo, el catolicismo y el socialismo yugoslavo.<sup>42</sup>

Al mismo tiempo, los movimientos católicos llevaron a cabo destacadas **labores de denuncia** democrática en plena dictadura, que contribuyeron a la socialización política que venimos apuntando. El *Boletín de la HOAC*, el jocista *Juventud Obrera* —cuyo ejemplar de octubre de 1963 fue secuestrado por contener información sobre las huelgas de Asturias— o la misma *Voz del Trabajo*, órgano de Vanguardias secuestrado en 1967, acogieron noticias y opiniones favorables a la lucha por las libertades. *AUN* (del Movimiento Católico de Empleados) *Signo* (de la Juventud de Acción Católica) y otras publicaciones de la Acción Católica más comprometida también fueron víctima de secuestros y censuras por el talante crítico y reivindicativo de sus informaciones.<sup>43</sup> Asimismo, en 1966, los movimientos obreros insertos en la Unión Nacional de Apostolado Secular (HOAC/E, JOC/E, Movimiento Católico de Empleados, Vanguardias y Hermandades del Trabajo) pusieron en marcha unas *Hojas Informativas* que recogían

información sobre huelgas, conflictos, detenciones, etc. Igual de conflictivos fueron los comunicados lanzados a la opinión pública por dichos movimientos: el de 1960 en protesta contra las elecciones, en el que tuvo que mediar el cardenal primado para contener la furia del ministro Solís, el de 1962 «Ante los conflictos laborales» asturianos, saldado con multas para los presidentes nacionales de JOC y HOAC, el de 1966 denunciando la farsa del Referéndum de la Ley Orgánica, el de 1968 contra los maltratos infligidos a los detenidos en Barcelona, el de 1969 denunciando el estado de excepción, etc.

Hasta tal extremo incentivaron estos movimientos apostólicos, comunidades y clérigos contestatarios la oposición obrera y sindical al Régimen, que el Partido Comunista no dudó en intensificar su política de «mano tendida» a los católicos políticamente más comprometidos. De manera expresa lo manifestó su VI Congreso, donde también anunció la renuncia a la violencia, afirmó la libertad de cultos y el respeto a todas las convicciones religiosas. «Los católicos son hoy nuestros principales aliados en la lucha contra Franco», señalaba Santiago Álvarez en 1965,<sup>44</sup> mientras Manuel Azcárate traía a colación las positivas consecuencias que, desde el punto de vista de la lucha contra la dictadura, suponía un acercamiento que, en su opinión, venía motivado por la apertura experimentada en la Iglesia y en el Partido, «compañeros de lucha y de esperanzas hasta el establecimiento de una sociedad plenamente humana, de la sociedad socialista».<sup>45</sup> Los argumentos esgrimidos por Santiago Carrillo insistía en lo mismo: «Los comunistas reconocemos, con nuestra mejor voluntad, la lealtad y la combatividad de nuestros amigos católicos. Confiamos en ellos, en su acción por la libertad y la justicia, como si fueran nuestros hermanos (...) Nuestras relaciones con ellos son excelentes y pensamos que esta alianza se prolongará en la lucha por una democracia política y económica y, un poco más lejos, por el socialismo».<sup>46</sup>

Menos conocida, pero no por ello de importancia menor fue la labor emprendida por los movimientos cristianos en el **sector campesino**. En efecto, tanto la Juventud de Ambiente Rural de Acción Católica (JARC) como el Movimiento de Adultos de AC promovieron las primeras luchas y movimientos campesinos en localidades sevillanas como Fuentes de Andalucía y Olivares, en la zaragozana de Sástago, en Lérida, Castrelao de Miño (Orense), Sanlúcar de Barrameda y Trebujena. Dirigidas principalmente a denunciar la explotación inflingida a los campesinos por patronos y empresarios rurales, en ocasiones, tales actividades constituyeron el punto de partida de pioneros focos sindicales y comisiones campesinas que, en los años setenta, darán vida a potentes y conocidas centrales sindicales campesinas. A ello habría que sumar la difusión de una cultura política democrática y solidaria a través de los Colegios Familiares Rurales, creados en 1966 en el campo castellano tomando como modelo la experiencia pedagógica francesa de las Casas Familiares Rurales.<sup>47</sup>

Completan la labor para-política de estos colectivos cristianos otras labores de promoción de cultura obrera y praxis democrática como las llevadas a cabo a través de los GOES de la HOAC, los Centros de Cultura Popular y las Escuelas de Formación Social de la JOC, y editoriales como ZYX, Popular o Nova Terra. Asimismo es de destacar la

creación, por parte de estos colectivos, de las primeras **asociaciones vecinales** al amparo de la Ley de 1964, configuradas como entidades auténticamente democráticas y unitarias –en ellas participaron activamente militantes del PCE y otros políticamente independientes– capaces de influir en la vida política local mediante la presentación de candidatos a las elecciones «orgánicas» o la puesta en marcha de campañas de indisimulado talante democrático, en pro de la situación material del barrio y de sus vecinos.

### La crisis de la AC y su impacto (1967-68)

Como hemos visto, a partir de los años cincuenta, la explosiva conjunción entre el dinamismo de los movimientos especializados de la Acción Católica y el contexto político autoritario dio como resultado un hecho decisivo para el devenir futuro de la sociedad y la política españolas: las organizaciones más pujantes de la AC obrera se convirtieron en un reducto de libertad en una España autoritaria, se erigieron en instrumento decisivo de socialización cristiana y democrática, en herramienta fundamental para la vigorización formativa y teológica de la Iglesia española al estilo de la más pujante de Europa. Sus militantes, como hemos relatado en líneas anteriores, estuvieron presentes en las principales luchas, iniciativas e instituciones antidictatoriales y antifranquistas del momento –cuando no las impulsaron–, se labraron un hueco de honor en el movimiento obrero y estudiantil y, en el ámbito propiamente eclesiástico, creyeron que de esta manera hacían realidad las propuestas más acuciantes y, para el ámbito español, más conflictivas del Concilio Vaticano II. Toda esta labor, que sin duda estaba contribuyendo a anticipar la democracia en España, resultó dramáticamente frenada por una doble ofensiva, civil y eclesiástica, que confluyó en la llamada «crisis de la Acción Católica Española».

A día de hoy, con independencia de la mayor o menor dosis de apasionamiento que exprese el historiador de turno, parece demostrado que dicha crisis comenzó a labrarse en la segunda mitad de los años cincuenta y obedeció, prioritariamente, a causas de índole política, y secundariamente a factores de carácter identitario.<sup>48</sup> Efectivamente, al contrario de lo sucedido años antes en países como Francia o Italia, la crisis de identidad suscitada en los militantes cristianos por la dinámica concreta del «compromiso temporal» tuvo un papel secundario en el desmantelamiento de la AC especializada española.<sup>49</sup>

Éste se debió, en efecto, a un hostigamiento conjunto por parte de las dos jerarquías del momento: la política, furiosa por las propuestas y prácticas democráticas llevadas a cabo por los colectivos cristianos más comprometidos, y la jerarquía eclesiástica, contraria tanto al supuesto «contagio» marxista experimentado por las organizaciones seculares de la Iglesia como a la ruptura del sistema de relaciones con el Estado, sancionado en el Concordato de 1953, que suponía las implicaciones políticas del «compromiso temporal». Seguramente, en el supuesto de que la AC especializada hubiera hecho suyas las propuestas democristianas y vagamente corporativas de organizaciones seculares como la ACNP, no es descabellado aventurar

un comportamiento, si no totalmente favorable, sí más benévolo por parte de los prelados que protagonizaron la crisis. Sea como fuere, lo cierto es que, a pesar de las funestas consecuencias derivadas de la crisis, ésta puso en evidencia la más que demostrada eficacia democrática de la labor desarrollada por los movimientos de la AC obrera en la sociedad española del momento.

### **El preludeo: el gobierno contra los movimientos apostólicos**

Ya vimos cómo, al poco de crearse la HOAC, significativas figuras y medios de FET-JONS, gobernadores civiles y otras jerarquías se apresuraron a hacer todo lo posible por dismantelar la organización o frenar su ímpetu obrerista. Entonces, las razones eran básicamente dos: la pretendida inutilidad de organizaciones católicas para-sindicales cuando el aparato sindical oficial se decía inspirado por los principios de la religión católica, y la prosecución de objetivos democristianos por parte de la Hermandad. Luego, a partir de finales de los cincuenta, la razón gubernamental esgrimida para atacar a los movimientos especializados de la AC obrera se consistirá en las supuestas infiltraciones comunistas que, según la retórica oficial, las estaba convirtiendo en organismos de oposición política y sindical al Régimen, desvirtuando con ello la finalidad estrictamente religioso-piadosa que inspiró su creación.

Si 1957 marca el inicio de una acusada enemiga gubernamental contra la HOAC, pues tanto el diario *Pueblo* como otros órganos regionales del Movimiento vigorizan «una campaña intensa de prensa, organizada y planificada» y el Gobierno intensifica sus quejas sobre el «heterodoxo» proceder de la Hermandad,<sup>50</sup> en la década que nos ocupa, uno de los conflictos más sonados fue el que enfrentó al delegado nacional de sindicatos, José Solís Ruiz, con los movimientos apostólicos HOAC y JOC a raíz de un escrito en el que estos exponían las deficiencias e irregularidades observadas en las elecciones sindicales de 1960. Para irritación del delegado sindical, ambas organizaciones contaron con un aliado de excepción, el cardenal primado Enrique Pla y Deniel,<sup>51</sup> quien, ante la misiva amenazadora de Solís en el sentido de que ambas organizaciones estaban sobrepasando los límites que el Concordato establecía para la AC, respondió defendiendo la postura de los obreros católicos y sus métodos de apostolado, recordando que el cuestionamiento de la representatividad sindical era un asunto que venía de lejos, y alabando la misión y el prestigio nacional e internacional «de las cuatro Hermandades obreras».

El ambiente estaba sobradamente caldeado cuando el 1 de mayo de 1960, JOC y HOAC dedicaron la «fiesta obrera» a criticar el Plan de Estabilización mediante un *Llamamiento* que, dispuesto a edificar «una sociedad auténticamente cristiana que respete íntegramente todos los valores humanos y sitúe a todos sus miembros en condiciones de que cada uno pueda realizar plenamente su vocación», protestaba contra toda «circunstancia política, social o económica» opuesta a la libertad, dignidad y responsabilidad del hombre, dada y querida por Dios; y aquí es donde entraba el Plan de Estabilización, pues a su juicio, recababa más sacrificios sobre la clase obrera



que sobre cualquier otro colectivo social, los trabajadores no habían sido escuchados ni debidamente representados en su elaboración, y carecían de la información suficiente para conocer «las verdaderas causas y razones de los sacrificios que se le han impuesto [...] [y] los motivos de la situación en que se halla».<sup>52</sup> La respuesta gubernamental consistió en la requisita policial de los manifiestos lanzados en las diferentes diócesis y del número correspondiente del *Boletín* de la HOAC, alegando la oposición expresada por monseñor Eijo y Garay, obispo de Madrid, y una supuesta ausencia de licencia eclesiástica. La verdad era que, tras hablar con Tarancón y limar determinadas expresiones, tanto el primado como la Dirección Central habían dado su autorización a los dirigentes de la HOAC para lanzar el escrito.

Mayor indignación generó, en 1962, el apoyo expresado por las organizaciones apostólicas a los mineros asturianos en huelga a través de un documento que también contó con el refrendo de Tarancón y Pla y Deniel. Una vez más, gobernadores civiles requisaron las hojas y los presidentes diocesanos de JOC y HOAC fueron conducidos a dependencias policiales y multados con 50.000 pesetas. Como era habitual, el falangista *Arriba* no tardó en denunciar «este horrible entuchado que se llama progresismo católico» y colocarlo en la órbita de «las internacionales comunista y masónica».<sup>53</sup> Una vez más, el cardenal primado tuvo que enviar el pertinente escrito de protesta al ministro de la Gobernación, escrito en el que tachaba de inoportuna la medida adoptada, volvía a recordar la misión fundamentalmente recristianizadora de las organizaciones especializadas de Acción Católica, y entendía que, debido a su carácter unilateral, dicha decisión vulneraba el Concordato vigente.<sup>54</sup> Sin embargo, tanto el ministro como las demás autoridades civiles, considerando demostrada la participación católica en los conflictos mineros, hicieron llegar al episcopado una serie de informes que justificaban las sanciones.<sup>55</sup> La acusación era la de siempre: los movimientos, como expresó el mismo Franco en su discurso de Garabitas ante 14.000 excombatientes, se habían convertido en un nido de infiltrados marxistas. «Las HOAC han sido instrumentos de frustración de muchos empeños sindicales positivos, en ellas han prosperado auténticos sindicatos católicos camuflados frente a los sindicatos unidos de los trabajadores que constituyen la Organización Sindical Española», afirmaba a este respecto el diario *Pueblo*.

La espiral conflictiva alcanzó una fuerza inusitada en el mes de julio, después de la que agencia EFE difundiera erróneamente la participación de la HOAC en el famoso *contubernio de Munich*, sonada reunión de miembros de diversos sectores de la oposición a la dictadura, especialmente democristianos, liberales y socialistas, tanto del interior como en el exilio, en el marco del IV Congreso del Movimiento Europeo.<sup>56</sup> Ello se debió a la incautación, por parte de la policía, de una lista de invitados donde se mencionaba expresamente a la organización, cuando en realidad únicamente asistió, sin previo aviso y arrogándose la representación de la Hermandad, Alfonso Prieto. El día 7, la Comisión Nacional remitía a todos los periódicos un comunicado desmintiendo su participación y desautorizando a todo aquel que «hubiera asistido arrogándose la representación de la HOAC».<sup>57</sup>

Sin embargo, el diario *Pueblo* volvió a denunciar las infiltraciones marxistas en las organizaciones de carácter católico, acusó a la Hermandad de contener elementos subversivos, organizadores y promotores de huelgas, y de erigirse en líder de un nuevo sindicalismo católico opuesto al Vertical.<sup>58</sup> En algunas provincias, la reacción falangista se expresó con una furia inusitada. Así, el periódico vallisoletano *Libertad* desplegó, en la edición del día 9 de junio, un titular bastante expresivo: «¡HE AQUÍ LOS CONJURADOS! La ACE Obrera (HOAC) organizadora del reciente movimiento huelguístico».<sup>59</sup> Tres días después le tocaba el turno a la Jefatura Provincial de FET-JONS, que en un escrito titulado «Maniobra antiespañola en Munich», hablaba de los reunidos en esa localidad alemana como de un «grupo de payasos mal intencionados», protagonistas de «una farsa que daría risa, si pudiéramos evitar que nos diera asco». A todos ellos, monárquicos de don Juan, liberales de derechas e izquierdas, socialistas, anarquistas, «separatistas y otros de la HOAC», se les retrataba como seres ávidos de poder, como «igualmente perros si bien con collares diferentes».<sup>60</sup>

Los conflictos mineros de 1963, año en que fue secuestrada la revista *Juventud Obrera*, volvieron a centrar los ataques de un Gobierno que, a través de J. Labadíe Otermín, ex gobernador civil de Asturias y consejero nacional del Movimiento, imputaba a JOC y HOAC el fomento de actividades de oposición política y aconsejaba a los obreros católicos la plena integración en el organigrama sindical franquista: «Tras JOC y HOAC se escudan organizaciones subversivas que hacen su propio juego... y siembran con el pretexto del apostolado social actitudes de descontento. Otros sectores de oposición proceden de fuerzas confesionales, principalmente HOAC y JOC, apoyadas por un clero inquieto». La tensión creciente entre movimientos apostólicos obreros y jerarquías civiles llegó al extremo de generar episodios tan rocambolescos como el ocurrido en agosto de 1963, cuando la foto de un militante que asistía al Consejo Nacional de la JOC, celebrado en Oviedo, «con la mano derecha semicerrada [y] el pulgar extendido», suscitó todo tipo de acusaciones por parte de la prensa del Movimiento.<sup>61</sup>

Es más, en 1965, el 1 de mayo celebrado en Bilbao se saldaba con más de 80 detenidos, algunos de ellos militantes de las organizaciones apostólicas, y al año siguiente, unas explosivas «Reflexiones ante un voto», que desprestigiaban públicamente el resultado del Referéndum de la Ley Orgánica, les costaba el cargo a los dirigentes de HOAC, JOC, JARC y JEC de Vizcaya.<sup>62</sup> A todo ello se unirá la mal llamada «cárcel concordataria» de Zamora, ejemplo significativo de la anacrónica represión desatada contra la contestación clerical por parte del «Estado católicos» español.<sup>63</sup> Detenciones, registros, secuestros de publicaciones... la enemiga gubernamental nunca cejó en su empeño por desactivar la labor para-política desarrollada por los movimientos especializados de la Iglesia.<sup>64</sup> «El remedio eficaz de estos males tiene que venir de la jerarquía, que es quien tiene, juntamente con la mayor autoridad y responsabilidad, los medios para intervenir del modo que hieran menos y curen mejor», decía una nota enviada al episcopado, en febrero de 1966, por el subsecretario de Justicia, Alfredo López.<sup>65</sup> Era toda una premonición.

### Control y miedo al «temporalismo»

Sin embargo, el peor trago que hubieron de pasar dichos militantes católicos fueron las acusaciones de «temporalismo» por parte del episcopado español, esgrimidas para yugular el alcance socio-político de su actividad. Y es que las implicaciones socio-políticas de la acción de los cristianos más comprometidos incentivaron el temor en el seno de un episcopado español mayoritariamente conservador y reacio a la ruptura de las relaciones Iglesia-Estado sancionadas con el concordato. Las citadas acusaciones de «temporalismo» y «filo-comunismo» no se hicieron esperar, lo mismo que el reforzamiento del control episcopal sobre toda la AC.<sup>66</sup>

Los «roces» venían de atrás: ya en los primeros cincuenta, el desenganche de la HOAC respecto de los planes democristianos que la jerarquía eclesiástica tenía reservados para ella disparó las alarmas y, enseguida, provocó la «depuración» de Guillermo Roviroso, ocurrida en 1957;<sup>67</sup> posteriormente, en abril de 1960, el obispo de Madrid, Eijo y Garai, obligaba al *Boletín* de la HOAC a pasar, además de la censura propia, por la censura de su obispado: el *casus belli* fue un artículo publicado en el nº 229 sobre las viviendas sociales, que no gustó nada al ministro de Marina, Felipe Arbasuza; el *Boletín* hoacista fue sometido, por tanto, a una doble censura, la vigente del Secretariado del Episcopado y de la Comisión de Doctrina y Orientación Social, y la nueva del obispado de Madrid. Teófilo Pérez Rey, presidente nacional de la HOAC, expuso sus quejas al obispo auxiliar de Valencia, pero el asunto quedó sin resolverse hasta la promulgación de la Ley Fraga de 1966.

Entre tanto, el Gobierno seguía enviando a los obispos informes sobre la actitud contestataria de sacerdotes y movimientos apostólicos,<sup>68</sup> Tomás Malagón era destituido como consiliario nacional de la HOAC, y las opiniones vertidas en el órgano jocista *Juventud Obrera* enconaban los ánimos de un Régimen empeñado en retirar la exención de censura de que gozaban algunas publicaciones religiosas. Los obispos no estaban dispuestos a ceder tal prerrogativa al Gobierno, pero sí a extremar el control sobre la prensa contestataria. Así, en octubre de 1963, la Comisión Episcopal de Apostolado Social dictaba unas «Normas sobre publicaciones de los movimientos sociales de AC» dirigidas a «eliminar de las publicaciones de los mismos, y sobre todo de los Boletines de masa, cuanto por su contenido o por su tono sea impropio de un movimiento apostólico»:

«A fin de que la Jerarquía pueda respaldar en todo momento e impulsar con eficacia los Movimientos Sociales de ACE, se impone emplear la mayor diligencia en eliminar de las publicaciones de los mismos, y sobre todo de los Boletines de masa, cuanto de manera directa o indirecta sea contra la doctrina católica, contra el respeto debido a las autoridades e instituciones legítimamente constituidas, pueda verse claramente sobre materias políticas a la que la Iglesia es ajena, o pueda engendrar división no justificable en los ánimos de los católicos o repercutir desfavorablemente en el orden público y social debe ser suprimido con toda diligencia».

Con objeto de asegurar el control jerárquico y evitar todo desviacionismo en el seno de la Acción Católica, al año de crear la UNAS, el episcopado español ponía

en marcha, junto a la Comisión Episcopal de Apostolado Social, otra de Apostolado Seglar, responsable, desde 1966, de todo lo concerniente a la Acción Católica. Su proceso de gestación, en efecto, es bastante esclarecedora acerca de lo que venimos diciendo: La iniciativa partió del obispo secretario del episcopado, Monseñor Enrique y Tarancón, que en marzo de 1963 planteó crear una «Comisión Episcopal» para corregir las múltiples «desviaciones» que, a su juicio, se estaban produciendo en el seno de la AC: alejamiento de la parroquia, exageraciones en la metodología, y falta de coordinación y de entronque con la jerarquía.

Según los informes recabados por Monseñor Castán, obispo auxiliar de Tarragona y consiliario de los Movimientos Sociales de AC, gran parte de los prelados españoles «mostraba su insatisfacción y hasta su preocupación por la realización y orientación práctica» de dichos movimientos. Más concretamente, acusaban a la HOAC de «mesianismo», «clasismo», «espíritu político de oposición» y alejamiento respecto a las demás ramas de la Acción Católica, mientras algunos resaltaban el espíritu antijerárquico de los dirigentes diocesanos y el excesivo influjo ejercido por el ambiente obrero sobre determinados consiliarios.

Para Castán, la jerarquía eclesiástica debía esforzarse en separar lo apostólico y lo sindical, seleccionar exquisitamente a los consiliarios, «controlar y censurar previamente las publicaciones de la AC y sobre todo las “sociales”, y, por supuesto, atajar el peligro más insistentemente citado, esto es, «la actitud que toman muchos militantes, dirigentes y consiliarios en relación con el llamado «Compromiso temporal», actitud que, según determinados obispos, rayaba el tan denostado temporalismo:

«No siempre se separa bastante [...] el aspecto de militante de la AC del ciudadano particular [...] Al ponderar tanto y tan constantemente el “compromiso temporal”, pasa a segundo término la importancia del quehacer directamente apostólico [...] El mayor peligro es, tal vez, que muchos defienden la posibilidad de la conveniencia de que el militante, en la realización del “compromiso temporal”, actúe en organizaciones sindicales y políticas ilegales y clandestinas, en las presentes circunstancias de nuestra patria. He conocido muchos consiliarios, de los de gran prestigio y reputación, que defienden esta postura [...] Un presidente diocesano de uno de esos movimientos me hablaba incluso de la colaboración en esa acción clandestina con las organizaciones similares comunistas [...] Parece claro que los movimientos sociales de AC podrían convertirse “de hecho” en “cajas de reclutas” para las organizaciones ilegales».

Un año después, Tarancón no ocultaba las necesidades de una renovación conciliar pero tampoco su contrariedad ante la actitud de unos movimientos apostólicos que entorpecían «la unidad de la acción [...] [y el] planteamiento de una verdadera pastoral de conjunto»:

«El nuevo estatuto de la Acción Católica española, al abrir la puerta a la especialización, quiso reafirmar la unidad. Pero lo cierto es que no lo ha conseguido. Los movimientos especializados que trabajan con entusiasmo y con afán se han convertido en movimientos cerrados, casi alérgicos a la acción de carácter general. Los mismos sacerdotes que trabajan en ellos y que son los que deben mantener el espíritu eclesial y comunitario se dejan influir, aun sin darse cuenta, por el ambiente en que actúan y dan un matiz “tendencioso” a su

actuación pastoral. Es quizá éste el mayor inconveniente para la nueva orientación de la pastoral». <sup>69</sup>

El último paso en la creación de la CEAS fue la reunión plenaria de julio de 1965, que retomó este problema y pasó a fijarse en la polémica actuación de «algunos militantes de movimientos apostólicos, especialmente obreros adultos». Según los prelados, los hoacistas serían, a priori, los más reacios a aceptar «las limitaciones o renunciaciones a que se estime deban someterse los militantes en el campo político y sindical, para preservar la pureza y la eficacia del apostolado», pues:

«algunos apóstoles obreros alegan que la supuesta renuncia a ciertos compromisos haría estéril la acción apostólica en el ambiente, porque parecería como una inhibición, y equivaldría a un apoyo a la línea oficial; con la agravante de que no faltan quienes propagan la idea de que la autoridad está secuestrada por el “bando vencedor” de la clase obrera, y con sus leyes tiende a paralizar a ésta e impedir que la misma contrapesese la acción partidista de otros grupos de presión». <sup>70</sup>

La mayor parte de los asistentes a dicha reunión estimaba que la causa principal de la citada desviación no era otra que la falta de control jerárquico y el caso omiso de militantes y consiliarios respecto a las orientaciones de sus prelados. Urgía, por tanto, constreñir esta actitud desviada, recortar la autonomía de los movimientos y someterlos a una supeditación jerárquica mucho más decidida:

«El obispo auxiliar de Valencia indica que el problema de la participación en asociaciones ilegales afecta a todo el ámbito del Apostolado Secular español; en reuniones doctrinales de movimientos obreros adultos hay sacerdotes que siembran tesis desorientadoras acerca de la ley injusta. Pero esta situación no es más que un reflejo de otro problema, el más grave de la Iglesia en España: y es que el apostolado secular, no obstante la generosidad y buena voluntad de sus militantes, no depende efectivamente de la Jerarquía; elabora por sí mismo, a partir de las Comisiones nacionales, sus propias líneas doctrinales y operativas.

El obispo de Ciudad Real insiste en la prepotencia de las Comisiones Diocesanas frente a la Jerarquía diocesana. El arzobispo de Oviedo hace notar que la ideología de los movimientos apostólicos desde hace cinco o seis años viene formándose al margen de la Jerarquía; incluso se va imponiendo prácticamente la representatividad como si los dirigentes representasen no a la Jerarquía, sino a la base. El obispo de Sigüenza-Guadalajara afirma que, en lo referente a participación en asociaciones ilegales, no pocos consiliarios y militantes forman un bloque que presiona y resiste a las orientaciones de la Jerarquía. Piensa igualmente que las Comisiones nacionales planifican un poco al margen de la Jerarquía diocesana».

De esta manera, como la actividad de la UNAS, a cuyo frente estaba monseñor José Guerra Campos, se mostraba insuficiente para llevar a cabo esta labor de control, los obispos congregados plantearon una nueva comisión compuesta por cinco prelados, dispuesta a «asistir más de cerca el desenvolvimiento del apostolado secular y atajar el peligro de desviaciones con las normas más adecuadas a su situación.» Se acababa de crear la Comisión Episcopal de Apostolado Secular (CEAS) formada por los obispos de Madrid-Alcalá (monseñor Casimiro Morcillo, su presidente), Ciudad Real (Juan Hervás), auxiliar de Tarragona (Laureano Castán, luego titular de Sigüenza-Guadalajara), Calahorra-La Calzada-Logroño (Abilio del Campo), y Astorga (Marcelo

González). Una vez obtenido el consentimiento de la Junta Suprema de AC y del cardenal primado, la primera asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal (1966) designaba a los obispos de la CEAS, responsables últimos de la AC en España.

### **Estalla la crisis**

Es así como llegamos al verano de 1966, fecha del estallido de la crisis de la AC. Todo ocurrió cuando la jerarquía eclesial negó su aprobación a las conclusiones de las VII Jornadas Nacionales de la Acción Católica –celebradas en el Valle de los Caídos–, las cuales estaban en sintonía con las tendencias marcadas por el Concilio Vaticano II. Los primeros relevos de consiliarios «desafectos» a la decisión jerárquica afectaron al de la Junta Nacional, Miguel Benzo, y a seis más: Juan Gastañaga (del Consejo Nacional de los Hombres de AC), Antonio Aradillas (del CN de Mujeres), Ramón Torrella (del CN de JACE), Julio López (del CN de JACEF), Francisco Belda (de la Unión de Graduados de AC) y José Manuel Córdoba (asesor de los Hombres de Acción Parroquial Urbana). El rosario de dimisiones seculares comenzó por la JEC y continuó, significativamente, por el presidente de la JACE, José Quevedo. Sólo las Hermandades del Trabajo reprodujeron las críticas al «temporalismo» y «desviacionismo» que, en su opinión, lastraba la actividad de los movimientos especializados de la AC española.

En marzo de 1967, la IV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal anunció la promulgación de unas nuevas bases para la organización de la Acción Católica y el apostolado secular en España que, siguiendo el modelo trazado por José Guerra Campos, reforzaban la subordinación jerárquica y corregían la preponderancia adquirida por las Comisiones Nacionales de los Movimientos y las tensiones entre Junta Nacional y movimientos especializados, pues forzaban el paso de la Confederación de Movimientos a una «AC unitaria, al estilo de los años treinta y cuarenta». Los nuevos Estatutos, aprobados el 27 de noviembre de 1967 y vigentes desde principios de febrero de 1968, perseguían frenar el «temporalismo», controlar toda la Acción Católica bajo la estricta supeditación a los obispos y restaurar la Acción Católica general sobre un relevo prácticamente total de seculares y consiliarios. Su carácter anacrónico ha sido resaltado por el mismo Tarancón con estas significativas palabras:

«Era como un parcheo del anterior, sin tener en cuenta el nuevo planteamiento que había hecho el Concilio sobre el apostolado secular. No se reconocía el apostolado específico de los seculares. No se les daba a las distintas organizaciones de AC una auténtica responsabilidad en el planteamiento y en la ejecución del apostolado. [...] Los movimientos especializados continuaban entroncados con la AC general sin una autonomía definida en su propio campo. [...] La crisis de la AC y de todo el apostolado secular se había fraguado en la preparación de la Asamblea y se había rematado en su celebración.»

Las consecuencias de esta crisis en los movimientos especializados fueron devastadoras:<sup>71</sup> algunos, como la juventud rural (JARC) y la independiente (JIC), desaparecieron para siempre, otros como la JEC pasaron por un tiempo de marginación, y sólo HOAC, JOC y Movimiento Rural de Adultos consiguieron, tras arduas batallas

dialécticas y epistolares y un evidente desgaste de sus militantes, resistir dentro de la AC reivindicando un marco jurídico propio en la nueva estructura nacional. Cuando en 1972, ya en medio de un contexto aperturista y de relevos episcopales auspiciados por Pablo VI, una nueva Comisión Episcopal de Apostolado Secular redactó unas Bases que intentaban restablecer la AC especializada, era demasiado tarde: la crisis había sumido a la AC en una preocupante atonía pastoral y social, negativamente reforzada con la división interna de la Iglesia y la exitosa –y no menos contestataria– aparición del movimiento de Comunidades de Base: entre 1964 y 1978 abandonaron la AC el 95% de sus miembros, y de los 500.000 socios que tenía en 1966, apenas quedaban 15.000 en 1979. La JOC pasará de 87.000 a principios de los sesenta a 800 en 1979, y las Mujeres de AC, de 150.000 a 11.000.

El mismo Pablo VI le expresó al embajador Garrigues su descontento por lo sucedido con la AC española en una conversación mantenida en 1968:

«Piense, Señor Embajador [...] la situación de la Acción Católica, en donde han sido eliminados los dirigentes más destacados y más tradicionalmente afectos a esa organización y a través de ella, a la Iglesia. Ha sido una separación masiva la que se ha producido, de consecuencias incalculables para la vida misma y el porvenir de la Acción Católica en España».<sup>72</sup>

### **Hacia la democracia (1970-75)**

Desde el punto de vista del movimiento obrero, los años finales del Franquismo coinciden con un importante incremento de la conflictividad social y laboral, que ahora se extiende a provincias y regiones tradicionalmente menos conflictivas. En el orden político, el proceso aperturista iniciado a mediados de los sesenta gana adeptos en la elite dirigente y, de manera progresiva e irreversible, en el seno de la jerarquía eclesiástica. Precisamente es a partir de la segunda mitad de los años sesenta cuando se inicia el despegue de la Iglesia jerárquica desde la práctica legitimadora del Régimen hacia posiciones más aperturistas y proclives, por tanto, a un sistema de relaciones con el Estado y la sociedad presididas por la autonomía, el respeto mutuo y la reconciliación de los españoles. Asimismo, mientras los efectos de la crisis de la AC propician la división interna de la Iglesia entre rupturistas-radicales, moderados-aperturistas y una minoría integrista, un sector importante de militantes católicos seguirá participando activamente en el movimiento obrero tardofranquista, contribuyendo a asentar las bases socio-mentales de la Transición a la democracia.

A este respecto, los máximos especialistas en este proceso retrotraen sus inicios político-institucionales a 1969, año en que tienen lugar tres hechos que abrirían la «espita» aperturista en el seno del Régimen: el estado de excepción, que evidenció la fuerza alcanzada por las corrientes democráticas y contestatarias; la llamada «operación Príncipe», esto es, el nombramiento legal de don Juan Carlos de Borbón como «sucesor a la Jefatura del Estado» a título de Rey; y la no menos famosa polémica sobre el asociacionismo, caracterizada por la aparición, dentro del Régimen, de proyectos sobre eventuales asociaciones políticas en cuanto sucedáneos controlados

de partidos concretos. De inmediato, disensiones internas en el gobierno, el escándalo –nacional e internacional– suscitado por el proceso de Burgos (1970) contra dieciséis acusados de pertenecer a la banda terrorista ETA, la extensión y radicalismo de las huelgas, el impacto generado en la sociedad por la Asamblea de Obispos y Sacerdotes (1971), el asesinato, en 1973, del almirante Carrero Blanco, que había sido elevado a jefe del Gobierno según la mecánica de la Ley Orgánica, y el fiasco del vanamente aperturista «espíritu del 12 de febrero» de Arias Navarro, jefe del Gobierno en 1974, constituyen algunas de las fracturas político-sociales que fueron alentando y anunciando el proceso de transición democrática.

La situación socio-económica del país, por su parte, no ayudaba al optimismo: la crisis de 1973 ahondó sus efectos en España, el paro comenzó a crecer –aún era sólo del 3%–, regresaron numerosos contingentes de emigrantes, la inflación comenzó a moverse en valores del 8-10%, se dictó la congelación salarial que estimuló la conflictividad social, y la sociedad vasca sufrió de manera intensa la crisis energética, los efectos del terrorismo y una ingente movilización obrera en forma de conglomerado antifranquista y nacionalista hartado heterogéneo.

#### **División en la Iglesia y radicalismo en la «base»**

Sin embargo, una de las consecuencias derivadas de la crisis de la AC fue, precisamente, la radicalización de una parte significativa de la «base cristiana», sin duda alguna la más dinámica, circunstancia que conllevó la aparición de una crítica acerada hacia los obispos y, por ende, una acusada división interna en la Iglesia española. Una división amarga y múltiple entre jerarquía y movimientos por un lado, organizaciones seculares «oficialistas» y «renovadoras» por otro y, por fin, entre movimientos católicos progresistas pero «fieles orgánicamente a la jerarquía», y otros no menos progresistas pero más descentralizados y radicales.<sup>73</sup> Estos últimos vendrán representados, a nivel nacional, por las famosas Comunidades Cristianas Populares (CCP) –también llamadas Comunidades de Base–, surgidas al amparo del Vaticano II y sobre la experiencia de los Movimientos Apostólicos, y el no menos pujante movimiento de Cristianos por el Socialismo.<sup>74</sup> Impulsores de un destacadísimo proceso de diálogo entre cristianismo y marxismo<sup>75</sup> y protagonistas, junto a otros colectivos cristianos, de un activismo socio-político de importantes consecuencias, CCP y CPS no ocultarán sus diferencias respecto de una jerarquía a la que consideraban demasiado timorata y políticamente ambigua, pero también respecto de unos movimientos apostólicos que imaginaban lastrados por la dependencia jerárquica, cuya hora en la lucha obrera juzgaban pasada, y cuyos métodos y postulados tachaban de escasamente «liberadores».<sup>76</sup>

Estamos, pues, ante lo que algunos historiadores han calificado de profunda e insalvable la división entre las llamadas «Iglesia oficial» e «Iglesia paralela», la primera partidaria de un cambio progresivo y moderado, y la segunda tendente a una transformación mucho más radical, tanto del sistema político como del eclesiástico.



## El giro radical de los años setenta

Los últimos años de la dictadura franquista, como decimos, muestran un incremento espectacular de las actividades y grupúsculos de la oposición al Régimen. Una oposición que en la vertiente propiamente política se presenta cada vez más atomizada, débil en militancia y dividida en la acción y en los principios a pesar de conatos unitarios como la creación, en 1974, de la Junta Democrática de España o la puesta en marcha, al año siguiente, de la Plataforma de Convergencia Democrática. En el terreno del movimiento obrero tiene lugar ahora un importante repunte conflictivo que es consecuencia, básicamente, de la reanudación de la negociación colectiva, si bien lo más importante es la extensión de esta conflictividad a una serie de localidades españolas caracterizadas por una escasa tradición de lucha obrera.

A este respecto, en el interior de las fábricas más importantes y conflictivas del país, las «asambleas obreras», constituidas de manera extraoficial por trabajadores para llevar a cabo tareas de protesta, movilización y reivindicación, se convierten en el medio prioritario de agitación y lucha contra un verticalismo cada vez más agonizante. Unitarias, plurales y fuertemente politizadas, dichas asambleas se erigen, según la fraseología del momento, en la alternativa «auténticamente obrera, democrática y representativa» frente a los cauces sindicales oficiales.

En contraste con las décadas anteriores, ahora los movimientos de la AC obrera son desplazados a un lugar secundario en las labores de oposición política y sindical al Régimen, pues su papel de «suplencia», triunfante en los años cincuenta y sesenta, quedó desactivado con la aparición de numerosas y atomizadas plataformas político-sindicales que, aprovechando el nuevo clima político aperturista, alentaban la lucha democrática y revolucionaria. Este hecho, la acusada marxistización de determinados colectivos católicos, la reedición ideológica del trotskismo y otros muchos «marxismos», la exitosa aparición de Comunidades de Base y de Cristianos por el Socialismo, y el enfrentamiento con la jerarquía eclesiástica fueron factores que alentaron el surgimiento, en un sector significativo del catolicismo más progresista, de una radicalización izquierdista que en el terreno del movimiento obrero dio pábulo a prácticas y tendencias autogestionarias, llegando a generar destacadas disensiones dentro del PCE y de CCOO.<sup>77</sup>

De esta manera, en coherencia con la pujante cultura política presente en los grupúsculos más activos de la izquierda radical española, la asamblea de fábrica se convirtió, para los militantes de los movimientos católicos tradicionalmente implicados en la lucha obrera, en la máxima expresión de la democracia sindical, política y vecinal, y a partir de ella denostaron tanto la estrategia «entrista» de épocas pasadas como el centralismo democrático del Partido Comunista. Este movimiento asambleario encaja a la perfección con el viraje ideológico y programático experimentado por la conflictividad estudiantil y universitaria de los años setenta, que, enormemente influido por el contexto europeo, aunó su oposición a la dictadura española

con la enemiga radical contra el «imperialismo yanqui», simbolizado entonces en la guerra de Vietnam. Mayo del 68, unión estudiantes-obreros, recitales de protesta el *izquierdismo* no tardó en cuajar en las universidades españolas de la mano de grupúsculos radicales como ORT, LCR, PT, MC, PCE(i) y BR, hasta el extremo de provocar incidentes de tal envergadura que suscitaron el cierre gubernamental de algunas Facultades destacadas.

Por otro lado, esta radicalización tuvo que ver también con la incidencia del diálogo entre anarquismo y cristianismo, impulsado a partir de la segunda mitad de los años sesenta mediante la producción intelectual, ensayística y filosófica de figuras como Carlos Díaz y Heleno Saña, así como por la labor de colectivos cristianos como ZYX, editorial que mantuvo contactos con destacados militantes anarcosindicalistas como Juan Gómez Casas y publicó varios libros de temática anarquista, entre ellos una breve biografía de Mijail Bakunin firmada en 1966 por Carlos López Cortezo.<sup>78</sup> Cristianos de tendencia anarquista figuraron igualmente en la citada Acción Sindical de Trabajadores, sindicato nacido en 1962 a partir de las jesuíticas Vanguardias Obreras, si bien fueron «purgados» de la organización cuando en 1971 ésta se convirtió en ORT, adoptando una línea marxista-leninista.<sup>79</sup> Otros entraron a formar parte de los llamados Grupos Autónomos y del Movimiento Obrero Autogestionario, y posteriormente en la reconstruida CNT.

### La HOAC y la «organización de la clase»

Especialmente destacado dentro del «giro radical» experimentado en los años setenta por la oposición política y sindical española fue la eclosión de determinadas tendencias de carácter consejista e izquierdista en el seno de las organizaciones cristianas de seculares más implicadas en el movimiento obrero. Como ejemplo paradigmático tenemos el desembarco de numerosos jocistas en organizaciones de la izquierda radical como LCR, OIC, MCE o BR y, sobre todo, la aparición, en el seno de la HOAC, de una novedad programática y organizativa que pretendía erigirse en vanguardia del movimiento obrero español de los años setenta: *La organización de la clase*. Esta plataforma político-sindical, alentada por militantes de la HOAC que también estaban en la editorial ZYX, tenía mucho que ver, desde el punto de vista ideológico, con las tesis esbozadas en 1974 por la Comisión Nacional de la HOAC en torno al denominado «Quehacer del Pueblo», cuya pretensión máxima era conseguir la promoción integral de la clase obrera y «la organización del pueblo como poder solidario» a través de un proceso autogestionario que diese lugar a un socialismo democrático con protagonismo efectivo del «pueblo» por medio de un amplio movimiento asambleario.<sup>80</sup>

De esta manera, haciendo gala de un acusado talante izquierdista y revolucionario, *La organización de la clase*, entidad concebida como alternativa a los partidos y sindicatos clandestinos que formaban la «oposición oficial» al Franquismo, constituyó la antesala del movimiento asambleario *Liberación*, una especie de síntesis

entre anarquismo, marxismo, socialismo y humanismo cristiano.<sup>81</sup> En efecto, *La organización de la clase* tomó como referente básico el movimiento consejista de los años 30 y finales de los sesenta,<sup>82</sup> e imbuida de un talante radical y unitario, apostó por difundir un amplio movimiento socio-político de carácter autogestionario y asambleario. Un movimiento que pretendía abarcar de manera unitaria la lucha obrera, estudiantil y vecinal para, renegando de los partidos y sindicatos históricos, presentarse ante la clase obrera española como la auténticamente democrática, socialista y revolucionaria.

Adoptando como fórmula organizativa de base el *Consejo obrero*, los documentos generados por *La organización de la clase* abogan por el anticapitalismo, la autogestión y la democracia directa, y la presentan como un movimiento antiimperialista, solidario con los más pobres, anti burocrático y preocupado por cultivar la coherencia «teórica y práctica» de los militantes. Consecuente con ello, renegaba de comunistas y socialistas “oficiales”, pues entendía que actuaban más por intereses partidistas que por la auténtica promoción de la clase obrera, y pretendía, como objetivo final, que ésta se hiciese con las riendas del Estado «para convertirlo en una administración socializada (...) establecer un Estado verdaderamente socialista y una democracia real».<sup>83</sup>

Frente a las estrategias clásicas de partido, se trataba de potenciar la actuación comprometida de los militantes en su propio ambiente en orden a incentivar, a todos los niveles y en todos los ámbitos implicados (barrio, fábrica, universidad), un amplio movimiento asambleario y consejista capaz de ir asentando los cimientos de *La organización de la clase*:

«Los militantes deben crear y potenciar la conciencia, la acción y la realidad organizativa de la base, y obstruir la labor de todo aquel que haga lo contrario. Estos militantes hablarán y actuarán en tanto que trabajadores en el interior de las asambleas de base; su papel es el de facilitar la asamblea obrera garantizando la expresión libre de las decisiones obreras, denunciando la inevitable presencia de burócratas, chivatos y oportunistas, y en general, luchando por la desaparición completa de todo poder ajeno a los consejos».

La filosofía de la *organización de la clase*, sobre todo su carácter marcadamente anti partidista y anticomunista, no tardó en despertar las críticas del PCE, para el que dicho proyecto izquierdista-cristiano, impulsado desde la editorial ZYX, apenas aportaba algo de valor a la lucha obrera:

«Este movimiento pretende estorbar el afianzamiento de un movimiento obrero poderoso y por lógica [...] dificultar el asentamiento del Partido... Es un estado de ánimo -ni siquiera movimiento- por la falta de consolidación orgánica... una organización anarco-católica, profundamente anticomunista [...] desmembradora y sobre todo con mucho temor a la acción de masas, al compromiso de clase [...] dirigiendo todas sus energías a la crítica acerba al PC y a CCOO».<sup>84</sup>

La participación en la lucha obrera de estos cristianos imbuidos de la retórica y los mecanismos de actuación propios de la izquierda radical europea se centró en el boicot a las elecciones sindicales de 1975 (actividad en la que coincidieron con

una primeriza UGT y se enfrentaron a CCOO), la presión sobre enlaces y jurados para forzar su dimisión, la promoción de comités de fábrica, y la organización de una lucha obrera que, aun iniciada la mayoría de las veces a raíz de la negociación del convenio respectivo, en realidad aspiraba a metas mucho más amplias, siempre revolucionarias y politizadas y, según se decía, «de carácter integral». Para muchos católicos que por entonces militaban en PCE y CCOO, la influencia de *La organización de la clase* supuso el abandono de ambas organizaciones e incluso, en algunos casos, la participación activa en la puesta en marcha de nuevas entidades político-sindicales como el FOC, la LCR, el PCI (que luego será el PTE), Bandera Roja y Plataformas Anticapitalistas, más identificadas con la tendencia purista y radical del izquierdismo consejista.

### La extensión del «frente obrero» cristiano

Con todo, la expansión de los conflictos sociales en estos años finales del Franquismo alentó la unión entre movimientos apostólicos, Comunidades de Base, los curas obreros, parroquias comprometidas y Cristianos por el Socialismo. Era, en efecto, todo un frente obrero, cristiano y revolucionario, unido al no menos pujante —y atomizado— de la oposición sindical y política al Régimen. Todos juntos, aun con sus enfrentamientos y diferencias de criterio, llevaron a cabo una importante contribución en forma de cesión de locales, labores de cobertura y solidaridad en huelgas, impulso del 1º de mayo, «denuncias proféticas» en homilías, misas solidarias, comunicados contra la represión gubernamental (sobre todo con motivo de los últimos fusilamientos de la dictadura), confección de prensa clandestina, puesta en marcha de Ateneos obreros, cajas de resistencia y fondos de solidaridad.

Todo ello hizo que el Partido Comunista, al que más arriba hemos visto criticar en privado la actuación de los católicos *izquierdistas*, volviera a reconocer públicamente la labor para-política ejercida por los movimientos eclesíasticos de base en pro de la democracia en España. En efecto, en 1971, Santiago Carrillo alentaba la colaboración con «el sector católico democrático y progresista» recordando que, «resultado de la colaboración de comunistas y católicos es el vigoroso movimiento de Comisiones Obreras, sus documentos programáticos, sus programas reivindicativos, sus iniciativas y acciones de fábrica, locales y a escala internacional. Junto a él, y a propósito de la Asamblea Conjunta, Santiago Álvarez señalaba en *Mundo Obrero* (septiembre de 1972) que «hace años nuestro partido orientó a estimular toda corriente que en el seno del catolicismo y de la propia Iglesia evolucionase hacia una comprensión mayor de los problemas del pueblo e impidiese que aquélla siguiese siendo defensora de la dictadura y de la reacción tradicional. La práctica demuestra que esa orientación era justa.» Dos años más tarde eran Gregorio López Raimundo y Simón Sánchez Montero quienes, en un Pleno del Comité Central del Partido, destacaban la contribución de los católicos a la lucha contra la dictadura y la necesidad de integrarlos en el partido, dada la orientación marxista de muchos de ellos, concretamente de Cristianos por

el Socialismo. Finalmente, en 1975-76, el Comité Central del Partido declaraba la total compatibilidad, en plano de igualdad, entre la militancia cristiana y la marxista (documento «Militancia de cristianos en el Partido», de 1975).

Incluso desde el campo del socialismo democrático, tradicionalmente más remiso a la colaboración explícita con los católicos, tuvieron lugar importantes contactos a finales de los años sesenta gracias, entre otros factores, a la importante contribución de militantes como Gregorio Peces-Barba.<sup>85</sup>

Lo anterior vino provocado por ejemplos tan significativos como la labor desempeñada por los curas de la abadía de Montserrat desde los años sesenta. De hecho, en 1970, como consecuencia del famoso «proceso de Burgos», los citados clérigos cobijaron a 300 personas de la oposición política y sindical. Muchos otros hicieron lo mismo en numerosas parroquias de los barrios más marginales de sus diferentes localidades, no pocas veces alentando la lucha huelguística de los trabajadores. Incluso en ciudades antaño tan poco conflictivas como Valladolid, harán lo propio los jesuitas del barrio de La Pilarica y los dominicos de Las Delicias, y en Zamora los curas obreros del barrio de San Lázaro. El fenómeno de las homilías contestatarias, más frecuente en las diócesis vascas, en Madrid y en Barcelona, llegará a extenderse, como decimos, a todo el territorio español, y alcanzará cuotas inusitadas a raíz del citado proceso de Burgos de 1970.<sup>86</sup> Y lo mismo ocurrirá, por supuesto, con las multas gubernativas, especialmente impactantes a raíz del movimiento de protesta suscitado por las ejecuciones de septiembre de 1975,<sup>87</sup> cuyo anuncio motivó una nota de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal solicitando el indulto para los condenados a muerte.<sup>88</sup> «Nunca me hubiera imaginado que para hacer esta campaña comunista y subversiva, se emplearan las parroquias de nuestra religión católica, después de lo que luchamos por defender esta religión durante tres años», le confesaba Franco a su primo con motivo de unas hojas clandestinas incautadas en 1969 en la parroquia de San Pablo del Campo de Barcelona, las cuales reclamaban el derrocamiento de Franco y su sustitución por un gobierno de obreros y campesinos.<sup>89</sup>

Otras destacadas labores de cobertura fueron, por ejemplo, la desarrollada en la Casa de Ejercicios de Pozuelo de Alarcón, donde el 24 de junio de 1972 fueron detenidos varios dirigentes de CCOO, entre ellos Marcelino Camacho y el sacerdote Francisco García Salve, lo que dio lugar al famoso «proceso 1.001» ante el Tribunal de Orden Público; el papel detentado por la parroquia barcelonesa de María Medianera, donde en 1973 fueron detenidos 113 miembros de la Asamblea de Cataluña con la consiguiente protesta del cardenal Jubany; o la labor para-sindical cobijada en la casa de ejercicios espirituales de Bibio (Gijón) y en el Seminario Diocesano de Oviedo. Es más, la huelga minera desatada en Asturias en el invierno de 1969-70 fue respaldada por una insólita «huelga de misas» organizada en diversas parroquias, a la que se sumó un escrito de 40 sacerdotes y 12 seculares, mientras en septiembre de 1971, un colectivo de pensionistas que venían sosteniendo un encierro en la iglesia gijonesa de San José, secundado luego por otras parroquias, fue violentamente disuelto por la policía.<sup>90</sup>

Lo mismo ocurrió ese mismo año en el templo de Santa María, del Pozo del Tío Raimundo, donde fueron desalojados por la policía 140 obreros, hecho que suscitó la protesta de numerosos sacerdotes y de la jerarquía eclesiástica madrileña; dos años más tarde, los obispos Méndez Asensio y Larrauri publicaban una homilía que justificaba la ocupación de la iglesia de El Salvador de Pamplona por parte de un grupo de obreros de la empresa «Motor Ibérica», y algo parecido hicieron, en noviembre del año siguiente, el obispo auxiliar Estepa y sacerdotes del barrio madrileño de Getafe. En 1975, el monseñor Buxarrais salió en defensa de 700 obreros de Intelhorce que habían ocupado la catedral malagueña en protesta por la firma de un convenio colectivo que no recogía sus reivindicaciones, mientras numerosos trabajadores se encerraban en las parroquias madrileñas de la Fuensanta, San Fermín y Cristo Resucitado. El arzobispado de Barcelona, por su parte, hizo pública en abril de 1975 una nota que protestaba contra el desalojo policial de la parroquia de San Sebastián, ocurrido cuando iba a celebrarse en ella una reunión socio-laboral, y no menos escándalo suscitó, en el seno del episcopado, la intervención de la fuerza pública en la parroquia vallecana Dulce Nombre de María, donde el 5 de octubre de 1974 fueron detenidas 300 personas.

Los ejemplos de contestación clerical se fueron multiplicando por la geografía española conforme se iba extendiendo la conflictividad laboral y estudiantil,<sup>91</sup> dándose la paradoja, como bien resalta Díaz-Salazar, de que las iglesias y los templos que antes de la Guerra eran incendiados por los obreros ahora cobijaban sus reuniones y apoyaban sus protestas.

Asimismo, escritos de denuncia y reivindicación de matiz cristiana y progresista hubo cientos en estos años finales del Franquismo, algunos tan impactantes como el publicado contra el estado de excepción de 1969, los lanzados por un grupo de sacerdotes, JOC y HOAC contra la Ley Sindical en 1970, los elaborados en solidaridad con los encausados en el citado «proceso 1001», o el manifiesto *La reconciliación del Año Santo*, rubricado por 10 movimientos apostólicos, 83 comunidades cristianas de base y miembros de 11 congregaciones religiosas: todos juntos denunciaban cómo «los grandes empresarios, los políticos destacados y, en general, la clase política, que participan en la opresión del pueblo, se consideran a sí mismos como católicos ejemplares. ¿Cómo hacer la reconciliación entre dominadores y dominados, explotadores y explotados, opresores y oprimidos? ¿Acaso mediante la armonía o el mutuo asentimiento de las clases? Eso es perpetuar la explotación y la opresión».

La Comisión Nacional de Justicia y Paz, por su parte, recogía en ese mismo año de 1974 160.000 firmas en pro de la amnistía<sup>92</sup>, reivindicación a la que no tardaron en sumarse colectivos cristianos de otras provincias, y que en febrero de 1975 constituirá el tema principal de la clandestina Asamblea de Alcorcón. Curas obreros y párrocos comprometidos, por su parte, tendrán un puesto destacado en las labores de apoyo a obreros en huelga, hasta el extremo de ser arrestados o multados. De

hecho, en 1975, la revista *Vida Nueva* contabilizaba 11 millones de pesetas en multas a 109 sacerdotes desde 1972, mientras otros de Navarra debían pagar 4 millones por apoyar, con colectas y homilías, el conflicto laboral de *Potasas* de 1974<sup>93</sup>. Y en 1973, un informe gubernamental cuantificaba a los sacerdotes y religiosos contestatarios en las diócesis españolas de la siguiente manera: 2.558 sacerdotes (10,6%) y 142 religiosos (1,3%); el mayor número de sacerdotes «activistas» se situaba en Bilbao (278), Pamplona (254), San Sebastián (197), Barcelona (196), Zaragoza (134) y Madrid (125), mientras que en términos porcentuales, lideraban el «ránking» Cádiz-Ceuta (38%), Bilbao (36%), Zaragoza (30,5%), San Sebastián (28%), Vitoria y Pamplona (26%), y Granada (25%).<sup>94</sup>

Hasta tal extremo llegó la obsesión gubernamental contra la actividad de las organizaciones católicas en el campo social, que en 1972, un folleto de Cáritas elaborado con motivo del Día Nacional de la Caridad fue denunciado por el Ministerio de Información ante el Juzgado de Orden Público por contener genéricas alusiones a la paz, al desarme y a la justicia social. Requisado por orden gubernativa en diferentes locales eclesiásticos, el suceso motivó una carta del presidente de la Comisión Episcopal de Acción Caritativa y Social, José Pont y Gol (arzobispo de Tarragona), al ministro de Información, Sánchez Bella, en la que asumía la responsabilidad de dicha publicación manifestando que no había en él «ánimo ni intención de ofender a nadie, y mucho menos al Ejército español», y aclarando que las referencias a la paz y al desarme obedecían a «la línea actual de la Iglesia sobre esta materia».

Junto a la participación activa en las primeras reuniones de la Junta Democrática, en la Plataforma de Convergencia Democrática y, a partir de 1976, en la famosa «Platajunta», los movimientos y colectivos cristianos aportaron no pocos militantes a partidos y sindicatos de tendencia socialista, izquierdista y comunista y, en menor medida, democristiana.<sup>95</sup> De hecho, si la abrumadora mayoría de quienes formaban las jesuíticas Vanguardias Obreras pasaron en 1969 a AST, formación que luego dará vida a la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), muchos hombres y mujeres de la JOC se decantarán, además de por esta formación, por las no menos extremistas y minoritarias MCE (Movimiento Comunista de España) y OIC (Organización de Izquierda Comunista, nacida a raíz de las Plataformas Anticapitalistas). PCE (donde fue paradigmática la militancia de Alfonso Carlos Comín) y PSOE, y los sindicatos UGT, CCOO y USO (sobre todo en los primeros tiempos) constituirán, junto a otras organizaciones del movimiento libertario y autogestionario, importantes focos de militancia cristiana.

Por poner algún ejemplo, entre los políticos más destacados de la órbita socialista formados en movimientos y organizaciones cristianas encontramos a José Bono, Francisca Sauquillo, Demetrio Madrid, Jesús Quijano, Lluís Reverter, Joan Majó, Reyes Mate, Félix Pons, Francisco Vázquez, Manuel de la Rocha, Juan Manuel Eguiagaray, Víctor Manuel Arbeloa o Peces-Barba. Junto a Mari Carmen García Nieto o al citado Comín, paradigma de militancia cristiana en el Partido Comunista, otros como Carlos

Díaz, Aurelio Orensaz, Félix García Moriyón y Manuel Lizcano no han ocultado nunca su procedencia cristiana y sus afinidades con el anarquismo. Asimismo, Diamantino García, uno de los fundadores del Sindicato de Obreros del Campo (SOC) andaluz, procedía también de la órbita cristiana, mientras J. M. Sánchez Gordillo, flamante alcalde de Marinaleda por Izquierda Unida, aseguraba que Gandhi, Cristo y el Che Guevara conformaban su cultura política.<sup>96</sup>

Igualmente destacada fue la labor política y sindical llevada a cabo por los cristianos en el entorno rural de los años setenta, pues serán precisamente militantes de la JARC, HOAC y Movimiento Rural de Adultos quienes pondrán en marcha, a principios de la década, el movimiento de Uniones Campesinas, germen de un sindicato «campesino, democrático e independiente» especialmente relevante en La Rioja, Palencia, Aragón, Extremadura, Valencia, Andalucía y Ávila. Lo mismo ocurrió con la Unión de Pagesos valenciana, las Comisiones Obreras del Campo, la Unión de Agricultores y Ganaderos de Aragón (UAGA), las Comisiones Labriegas y Campesinas gallegas y el no menos potente Sindicato de Obreros del Campo (SOC) andaluz, vinculado luego a la CSUT, central sindical del PTE. De hecho, a la labor de los militantes cristianos se debe la creación, en 1976, del actual sindicato COAG, nacido de la coordinación entre UAGA y UC, al que en 1978 y 1979 cederán algunas de las páginas del boletín *Militante. Apostolado Rural*.<sup>97</sup>

Asimismo, las huelgas más destacadas del quinquenio 1970-75 volverán a contar con la presencia activa de militantes cristianos. Así ocurrió, en efecto, en la famosa de la construcción granadina de 1970, saldada con tres muertos y numerosos heridos y detenidos: impulsada por obreros católicos, las multas a los militantes de la HOAC ascendieron a cerca de 5 millones de pesetas, e incluso el sacerdote y consiliario diocesano de la Hermandad, A. Quitián, trabajador de la empresa La Colomina, fue encarcelado. Evidentemente, el *fondo de solidaridad* hoacista no tardó en ponerse en funcionamiento.<sup>98</sup>

Otro tanto ocurría, dos años después, en la ferrolana Empresa Nacional Bazán, cuyos trabajadores organizaron una serie de protestas a raíz de la negociación del Convenio que se saldaron con una violenta represión policial: en esta ocasión, el saldo más dramático fue de dos obreros muertos y varios heridos. Asimismo, más de 160 trabajadores fueron despedidos, entre ellos 19 cargos sindicales, y los principales líderes de CCOO terminaron sometidos a Consejo de Guerra. Además de la aportación militante al conflicto, en casi todas las parroquias y locales de la Iglesia española más comprometida se celebraron colectas y misas en solidaridad con los damnificados y sus familias.<sup>99</sup>

Como «vanguardia obrera revolucionaria» pretendieron actuar destacados militantes católicos de Valladolid durante los conflictos de FASA-Renault y de la Construcción entre 1974 y 1976, incentivando un pujante movimiento asambleario que, integrado por UGT, Plataformas Anticapitalistas, los cristianos trotskistas de *Lucha Obrera*<sup>100</sup> y demás trabajadores sin filiación expresa, a punto estuvo, al menos durante las huelgas



de la factoría automovilística de 1975 y 1976, de arrebatar el liderazgo a las ya muy fuertes y organizadas Comisiones Obreras del sector.<sup>101</sup>

Algo parecido ocurrió en el sector campesino a principios de los años setenta, donde militantes del Movimiento Rural Cristiano detentaron una presencia destacada en las llamadas «guerras campesinas» que se extendieron por Navarra, Vizcaya y Santander («guerra de la leche» de 1971); Orense y Lérida (contra el pago de las cuotas de la Seguridad Social de 1972); Navarra y Aragón («guerra del pimiento» de 1973); Extremadura («guerra del tomate», 1975), etc. De hecho, a partir de esta lucha pondrán en marcha diversas «comisiones» que luego formarán las citadas Uniones de Campesinos.

Finalmente, junto a la labor de ZYX, editorial que «inundó» buena parte del país de libros, Ateneos obreros y cursillos sobre militancia y sindicalismo, la difusión de una cultura y una práctica política democráticas por parte de los colectivos cristianos más comprometidos se centró también en la puesta en marcha del movimiento vecinal en los barrios más importantes y significados de la época, movimiento sustentado, las más de las veces, por comunistas, cristianos, curas obreros, militantes independientes y otros de grupúsculos izquierdistas. Estas Asociaciones de Vecinos, junto a otras de Amas de Casa y Mujeres Democráticas, unirán sus fuerzas en favor de la lucha cívico-vecinal y obrera. Incluso presentarán candidatos a las elecciones a concejales por el tercio familiar, y no pocas veces con éxito.<sup>102</sup>

En definitiva, de una u otra forma, con mayor o menor radicalismo, lo cierto es que los colectivos cristianos más avanzados y con influencia en el terreno obrero llegaron a los años de la Transición con la bien merecida aureola de luchadores por la democracia. Como hemos podido comprobar, su labor, tanto político-sindical como formativa, tanto a escala de organización como de militante, fue sentando las bases de una anhelada convivencia democrática y contribuyó a difundir entre amplias capas de la población la necesidad de alcanzar la reconciliación definitiva entre los españoles, arrumbar la dictadura y transitar pacíficamente hacia la democracia. Fue así como contribuyeron a asentar las bases sociológicas de la Transición democrática en España.

## NOTAS

1. MONTERO, F. (2000).
2. LABOA, J. M<sup>a</sup>. (ed.) (1988).
3. MONTERO, F. (1995), pp. 90-91.
4. BENZO, M. (1964), pág. 17.
5. Para todo lo que sigue ver DÍAZ-SALAZAR, R. (2001), en especial las pp. 41 a 105.
6. GARCÍA NIETO, M<sup>a</sup> C. (1993); DÍAZ-SALAZAR, R. (1998), pp. 211-212.
7. Los GOES se pusieron en marcha tras la Tercera Semana Nacional de la HOAC (1948). Eran pequeños núcleos de obreros -de 3 a 5- que estudiaban, basándose en el Evangelio y en la Doctrina de los Santos Padres, un objetivo obrero concreto, que hacía referencia a uno de los múltiples sectores del movimiento obrero: cívico, económico o sindical. Las reuniones eran abiertas, circunstancia que les convirtió, entre 1961 y 1968, en una destacada plataforma de debate y en una escuela de sindicalistas donde se dieron cita desde hoacistas y demás cristianos comprometidos, hasta futuros líderes sindicales ajenos a los movimientos apostólicos. Aunque en este año se pusieron en funcionamiento en varias diócesis, la experiencia falló y no volvió a ser retomada hasta 1962. En 1968, cuando englobaban a un total de 1.000 personas entre militantes y simpatizantes, la crisis con la jerarquía eclesiástica interrumpió su actividad..
8. Lo que sigue corresponde a las reflexiones de los GOES entre 1962 y 1966: Archivo de la Comisión Nacional de la HOAC, Cajas 74 a 77.
9. Destacan sus obras: *Los cristianos en el Frente Obrero* (1961, reeditado por Acción Cultural Cristiana en 1993); *La lucha obrera*, Euramérica, Madrid, 1963; *Comisiones Obreras*, ZYX, Madrid, 1967; y *Acción sindical de los cristianos en España*, ZYX, Madrid, 1968.
10. La idea del «Frente Obrero» se esbozó en la XII Semana Nacional de la HOAC, cuando, al abordar el tema de la unidad obrera, se concluyó la necesidad de crear un nuevo movimiento de orientación netamente anticapitalista y revolucionaria no fundado en el materialismo marxista.
11. MARTÍN, J. (1966), pp. 14-15.
12. «Se ha hablado y escrito mucho sobre si el Sindicato debe ser único o múltiple. Lo que está fuera de duda es que debe mantenerse la unidad de acción [...] La historia obrera nos enseña las consecuencias funestas que una mal entendida libertad sindical ha tenido para la clase obrera. No es lo mismo la libertad para formar y pertenecer a un sindicato, que la libertad para asociarse o no. La afiliación debe ser obligatoria, ya que si los beneficios son comunes, las cargas y responsabilidades deben serlo también. Ello no va en merma de la verdadera libertad que queda garantizada con la libre elección de los jefes sindicales y la asistencia a las asambleas, reuniones, etc., en donde el afiliado podrá hacer oír su voz, elevar sus propuestas y participar activamente en la vida sindical»: Comisión Nacional de la HOAC (1962), *Las Asociaciones Obreras. IV Reunión Nacional de Estudios*, Madrid, p. 13.
13. MARAVALL, J. A. (1978).
14. «Es evidente que parte de la generación política de los setenta procedió del activismo generado en torno a la Acción Católica (...) Estas organizaciones y actividades fueron lugares de aprendizaje y entrenamiento para la acción política: para la formación de militantes, la acumulación de recursos organizativos, la redacción de programas y los juegos de alianzas. Con ello, la Iglesia comenzó a cumplir en el terreno de la izquierda la función 'parapolítica' que había estado cumpliendo tradicionalmente en el terreno de la derecha (con la ACNP o el Opus Dei), pero a través de diferentes eclesiásticos y con distintas ofertas religiosas»: PÉREZ DÍAZ, V. (1986), pp. 411 y ss.
15. En 1947-48 el PCE plantea la estrategia de «infiltración» en las instituciones del Régimen, si bien, ésta no se produce hasta después de la huelga de tranvías de Barcelona. En 1957 comienzan a entrar enlaces comunistas en el Vertical. Mientras tanto, los cenetistas se oponen al «entrismo» y prefieren seguir con la lucha insurreccional. Los socialistas, por su parte, también rechazan esa estrategia, salvo casos aislados e iniciativas personales: MATEOS, A. (1987).
16. Estas habían sido creadas en Cóbreces, en 1954, como Vanguardias Obreras Juveniles, a partir del Hogar del Trabajo fundado cuatro años antes por Luis María Grandá. Éste y Joaquín García Grandá fueron los artífices de la creación de Vanguardias. En 1957 nació en Madrid la denominada Vanguardia Obrera Social (VOS), en 1959 la Vanguardia Obrera Juvenil Femenina (VOJF), y en 1966, la Vanguardia Obrera Social Femenina (VOSF).
17. Ya en las elecciones sindicales de 1954 participaron militantes de JOC y HOAC, si bien esta última organización sólo veía con buenos ojos la labor realizada por los hoacistas de Mondragón.
18. Informe de la policía barcelonesa, fechado el 5 de febrero de 1965, reproducido en YSAS, P. (2004), p. 90.
19. Cerca de 12.000 huelgas se registraron en España entre 1963 y 1975, destacando, por su contundencia y gravedad, las organizadas en las zonas mineras (As-

- turias, León, Teruel, Barruelo, Puertollano...) y en el sector metalúrgico (Vizcaya, Guipúzcoa, Madrid y Barcelona): SOTO CARMONA, Á.
20. Para coordinarse, los militantes de USO convocaron una asamblea a la que asistieron cuarenta y ocho líderes obreros de distintas empresas. En ella se decidió constituir una comisión de doce componentes y una subcomisión de cinco, que llevarían las gestiones, quedando el resto en reserva para el caso de ser detenidos los primeros. Tras los conflictos, destacados militantes obreros cristianos fueron detenidos, encarcelados y torturados, y algunos tuvieron que exiliarse. Sobre estas huelgas, ver VEGA GARCÍA, R. (coord.) (2002).
21. Fue la huelga más larga el franquismo, pues duró 5 meses, del 30 de noviembre de 1966 hasta el 1 de mayo de 1967. A lo largo de la misma tuvo lugar un importante apoyo por buena parte de las parroquias de la zona. Grupos católicos como la HOAC y la JOC desarrollaron un papel fundamental en la organización de la huelga. Mientras el obispo permaneció en un principio al margen de las protestas, existe constancia del apoyo económico al mantenimiento de la huelga, tal y como se desprende de los servicios de información de la Guardia Civil introducidos en diversas reuniones dentro de las propias parroquias. Así lo expone, por ejemplo, la *HOJA INFORMATIVA DEL AGCV*, de febrero de 1967, titulada *A los Trabajadores*, donde se cita la entrega de diversas cantidades económicas por medio de militantes de la HOAC. MATA, M. (1967). Este librito, escrito por un militante de la HOAC burgalesa, Máximo Mata Hernando, fue secuestrado. El abogado defensor de los huelguistas de Bandas fue Joaquín Ruiz-Jiménez.
22. GARCÍA PIÑEIRO, R. (1993), p. 190. La asistencia a deportados por parte de la HOAC aparece en diversos documentos de la Comisión Nacional.
23. «En la Comisión Nacional existía el llamado *fondo de solidaridad* que llegó a tener varios millones. Han existido huelgas y conflictos obreros sostenidos enteramente por la HOAC, llegando a aportar para algunos más de un millón de pesetas. Había tres maneras de practicar esta solidaridad económica como práctica y expresión del amor cristiano:
- dinero enviado desde diversas comisiones diocesanas de la HOAC a las diócesis en conflicto;
  - envíos desde cuentas corrientes particulares a otra cuenta corriente particular para evitar que la policía pudiese interceptar la cuenta corriente de la comisión diocesana, ya que mantener huelgas era delictivo en aquellos años;
  - envíos desde el fondo de solidaridad de la Comisión Nacional de la HOAC.
- La huelga de *Bandas*, quizá la más fuerte de los años cuarenta a sesenta, y la de Granada de 1970 fueron prácticamente financiadas y organizadas por militantes de HOAC. (...) En informes dados por militantes y consiliarios de HOAC se calcula una cantidad de cuarenta millones recogidos en el fondo de solidaridad en los años sesenta»: DÍAZ SALAZAR, R. (2001), pp. 205-206.
24. Archivo personal de T. Pérez Rey, «*Relación de Deportados*. 1 de septiembre de 1967».
25. «El trabajo cooperativo era todo él una escuela de formación militante, puesto que exigía trabajo colectivo, planificación, honradez, responsabilidad, solidaridad, saber dirigir reuniones y asambleas, hacer gestiones y escritos, llevar adelante la tarea en medio de dificultades y trabas oficiales, etc.»: FERRANDO, E. (1994): «El compromiso de los cristianos en las luchas de los movimientos obreros en Cataluña durante la etapa franquista», en *XX Siglos*, 22, p. 28.
26. DÍAZ, C. (s/f), p. 10.
27. ROVIROSA, G. (1964), p. 114.
28. La mítica «Experiencia Mondragón» hunde sus raíces en la labor iniciada en 1941 por el sacerdote José María Arizmendiarieta, artífice de una Escuela Profesional (1943) democráticamente administrada y abierta a todos los jóvenes de la comarca. A partir de ella, empleando los locales de la Acción Católica y de JOC, y tomando como base el contingente trabajador de la poderosa Unión Cerrajería, comenzaría una fructífera experiencia cooperativa. Arizmendiarieta y los futuros fundadores de la misma se reunían en los Círculos de Estudios de Acción Católica para trabajar en la formación cristiana, insistiendo, desde una fe humanista, en el compromiso con los trabajadores y con los más desfavorecidos. Siguiendo la doctrina pontificia, teorizaban sobre la gestión de la empresa y se planteaban asuntos como el salario dual (dividido en dos componentes, uno de consumo y otro de inversión). Con estos presupuestos, en 1956 montaron en Vitoria una pequeña empresa que, siguiendo el sistema de cogestión, se dedicaba a la producción de «hornillos de petróleo y utensilios domésticos»: era Talleres ULGOR, hoy FAGOR. Entre sus iniciadores figuraban varios miembros de JOC y HOAC, entre ellos Eugenio Royo, presidente nacional de la JOC y creador de USO, que dirigió la empresa en la zona Centro de España. Tres años más tarde, como servicio financiero, teórico y social de las cooperativas se creó la Cooperativa de Crédito Caja Laboral Popular. Famosas cooperativas nacidas de la «Experiencia Mondragón» fueron asimismo Arrasate, Funcor y Cooperativa de Consumo San José (antecedente de Eroski), Urssa,

- Lana o Vicon, esta última creada en 1963 por militantes de la HOAC de San Sebastián. A partir de entonces tiene lugar una gran expansión de cooperativas (cerca de 40 hasta principios de los setenta). Militantes de HOAC, JOC y otras organizaciones obreras de la Iglesia participaron en la puesta en marcha de una veintena, creadas de forma autónoma en los años sesenta en Vitoria, Azpeitia, Vizcaya e Irún.
29. Se creó en 1954 a partir de una reunión promovida por la Junta de Obras Sociales de la HOAC cordobesa.
30. Su creación fue modélica: en 1963, los empleados de la Compañía de Tranvías y Ferrocarriles de Valencia, a la vista de la inminente caducidad de la concesión, propusieron la adjudicación de la misma a una entidad autogestionada por los propios empleados bajo la fórmula jurídica de Fundación Laboral (FULTUV). Lo más importante es que la Sociedad Anónima Laboral de Transportes Urbanos de Valencia, en la que participaban más de 1.700 trabajadores, creó escuela y alentó, por ejemplo, la constitución, en enero de 1968, de la Sociedad Anónima Laboral de Autobuses Interurbanos de Palma de Mallorca: ver el artículo citado de Alfonso Carlos Morales, p. 151.
31. Nosotros hemos podido comprobar la fuerza de este movimiento cooperativo cristiano en las provincias castellanas y leonesas. Impulsadas por JOC y HOAC, las cooperativas –sobre todo de consumo y viviendas– se extendieron por Ávila, Segovia, Burgos y Palencia. Por poner algún ejemplo, un total de cincuenta viviendas construyó la cooperativa alentada por la HOAC palentina en el barrio de San José Obrero; en Burgos, la cooperativa de consumo iniciada en 1960 en Pradoluengo englobó a 110 familias y sirvió a JOAC y HOAC para «copar» el Ayuntamiento; por su parte, la cooperativa «Sagrada Familia», iniciada por JOC, HOAC y AC en Aranda de Duero, construyó más de 100 viviendas y tuvo que enfrentarse a la falangista de «Nuestra Señora del Carmen». Por fin, también los segovianos de la HOAC pusieron en marcha, en 1960, la cooperativa de viviendas «Pío XII», cuyos resultados aún pueden observarse en la capital.
32. Por ejemplo, en marzo de 1967, los párrocos leoneses Eladio Fernández (Santa Lucía), Victorino Berzosa (Ciñera) e Indalecio Modino (Pola de Gordón) crearon en la localidad de Santa Lucía una cooperativa de consumo que, iniciada con 40 socios mediante una participación inicial de 500 pesetas por persona, fue constantemente vigilada por la autoridad sindical y por la dirección de la poderosa Empresa «Hullera Vasco-Leonesa, S.A.». Y es que, los directivos y demás «personas de orden» de Santa Lucía consideraban que la cooperativa, unida a la predicación de los párrocos, crearía «confusión» entre los obreros, perjudicaría la “normalidad” laboral y disminuiría las ganancias de su economato: Archivo General de la Administración, Caja 567, Ministerio de Cultura-Gabinete de Enlace: Informes de la Dirección General de la Guardia Civil (marzo-mayo de 1967).
33. Los ejemplos son numerosos: en 1959, el celebrado en el Teatro Arriaga de Bilbao se saldó con multas para los líderes de JOC y HOAC. Mayor escándalo causó el del año siguiente, pues la policía procedió a requisar las octavillas y prohibió los actos en numerosas localidades. Todo comenzó en noviembre del año anterior, con el envío, por parte de la Comisión Nacional de la HOAC, de un informe al cardenal primado que reflejaba las repercusiones que el Plan de Estabilización tendría en la clase obrera española: entre los «efectos inmediatos» señalaban el paro obrero, los despidos de eventuales y aprendices, la supresión de horas extraordinarias, el rigor en la apreciación de las faltas, y la ausencia de información y acción sindical. Tales efectos provocaban, según el informe, graves repercusiones en el ambiente obrero: disminución del poder de compra y aumento de los precios, desconfianza en las razones económicas de las empresas, dificultades de colocación, propaganda marxista e injusto reparto de sacrificios. Finalmente, señalaban que los hoacistas y demás obreros encuadrados en organizaciones católicas de carácter apostólico no podían permanecer inactivos, que la HOAC debía fomentar la acción de sus militantes en una situación como aquella, donde los valores humanos y el propio prestigio de la Iglesia estaban en juego (Archivo personal de T. Pérez Rey, Documentos...: «Plan de Estabilización. 28 de noviembre de 1959»). El manifiesto del 1º de mayo de 1960 abundó en estas razones.
34. Un resumen útil en el artículo citado de Mari Carmen García Nieto.
35. En 1968, de la CFTC, sindical cristiana, se escindió la CFDT, socialista, autogestionaria y partidaria de la autonomía sindical.
36. De hecho, en 1962 puso en marcha, junto a la CNT y a la UGT, la denominada Alianza Sindical Obrera (ASO), promovida también por la Unión Sindical Obrera (USO).
37. LECUNZA, J. M. (2002). Eugenio Royo (1930-2001) impulsó la JOC guipuzcoana y en enero de 1956, con apenas 25 años, fue elegido presidente nacional del movimiento, donde se mantuvo hasta 1959. Brillante economista, trabajó en el movimiento cooperativo de Mondragón y dirigió la empresa FAGOR de la zona Centro de España. A mediados de los

- setenta, Royo fue uno de los coordinadores estatales de la Federación de Partidos Socialistas (FPS). Ocupó el cargo de consejero de Economía de la Comunidad de Madrid a principios de los años 90, en el gabinete socialista de Joaquín Leguina, comunidad autónoma en la que también desempeñó importantes responsabilidades en otras empresas públicas. Asimismo, trabajó en el área de inserción sociolaboral de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR).
38. «Somos trabajadores de las minas y de las fábricas, de las oficinas y del comercio, de los transportes y de los campos de todas las regiones de España. Hombres y mujeres, luchamos por unas mejores condiciones de vida y de trabajo. Por la libertad que nos sitúa en la perspectiva de un orden justo, de una sociedad nueva y democrática... Opuestos a cualquier tipo de totalitarismo y ajenos a toda servidumbre de partido o del Estado, somos las nuevas generaciones formadas en la lucha obrera de cada día; libres de prejuicios políticos que no hemos conocido, sin otras exigencias ni intereses que los puramente obreros, preocupados por el progreso económico y social de las distintas regiones españolas en el marco solidario de una economía humana a escala nacional y mundial». Sobre la USO, ver: MARTÍN ARTELES, A. (1990); ZUFIAUR, J. (1976); MATEOS, A. (1994).
39. La AST evolucionó desde el sindicalismo confesional hasta el revolucionario y filo-maoísta, se opuso al reformismo de la ASO y dio origen, en 1969, a la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT). Por su parte, el Movimiento Católico de Empleados (MCE) era un grupo apostólico procedente del Hogar del Empleado, asociado a CVX (antiguas Congregaciones Marianas).
40. Aunque los vizcaínos reclaman para sí la creación de la primera célula oficial de CCOO, parece que ésta nació en Mieres (Asturias), alentada por militantes cristianos de USO y HOAC, entre ellos el hoacista asturiano Jacinto Martín. Los testimonios son numerosos y la bibliografía, abundante. Ver, por ejemplo, el libro dirigido por RUIZ, D. (1995) o el artículo de BABIANO, J. (1995).
41. La Unión Demócrata Cristiana fue creada en 1956 por Manuel Giménez Fernández, la Democracia Social Cristiana en 1960 por José María Gil Robles, y la Izquierda Democrática, en 1963 por Joaquín Ruiz Jiménez.
42. Aparte de Cerón, figuran como «creadores» del FLP Ignacio Fernández de Castro, José Aumente, J. Ibáñez, José A. González-Casanova, José Ramón Recalde, Alfonso Carlos Comín, José I. Urenda y Joan Massana. El entusiasmo revolucionario del «Felipe» le llevó a plantear la necesidad de una guerrilla para acabar con el Régimen, estrategia nacida de la influencia de la revolución cubana y propuesta, a principios de los sesenta, por Pérez Llorca. GARCÍA RICO, E. (1998), p. 92, GARCÍA ALCALÁ, J. A. (2001).
43. VIGIL y VÁZQUEZ, M. (1993).
44. ÁLVAREZ, S. (1965), p. 1.
45. Estas declaraciones eran fruto de unas conversaciones entre Azcárate y el teólogo José M. González Ruiz; ver AZCÁRATE CID, M. (1965), p. 2.
46. Declaraciones a *L'Unita*, 15 de febrero de 1967, en *ibid.*, p. 2. También por entonces, el secretario general del PCE reconocía que «en esos católicos no hay ni resignación ni mansedumbre; la religión que ellos profesan ya no es exactamente aquella que Marx llamaba opio de los pueblos»: CARRILLO, S. (1967).
47. VICENTE FRESNO, F. (2001).
48. MURCIA, A. (1995).
49. Evidentemente, al igual que había ocurrido en los años cincuenta en Italia y Francia, también en España —aunque más tardíamente—, el diálogo con las ideologías de izquierda provocó una crisis de identidad en determinados militantes, incluso alentó tendencias aisladas de carácter «temporalista». Mas este hecho no tuvo, en el proceso que nos ocupa, un papel determinante y central.
50. «[El Gobierno] nos acusa ante la Jerarquía de emplear la palabra “revolución”, de criticar el paternalismo, de que los que escribían en el Boletín leían a muchos autores franceses, de que en ocasiones quedaban bien la social democracia alemana y los kibus (sic) de Israel, que no se ensalzaban las cosas buenas del Estado, que nuestros militantes estaban presentes en todas las acciones obreras que se hacían en España, que éramos clasistas y partidarios de la lucha de clases porque no inculcábamos a los obreros la resignación y la pasividad»: Archivo personal de Teófilo Pérez Rey, Documentos...: «Campaña contra la H.O.A.C., 7 de mayo de 1957».
51. De hecho, como señala Tusell, ya cuando los sucesos de 1951, el aliento del primado a HOAC y JOC fue impactante: «No os arrollarán, ni arrollarán a la JOA., ni arrollarán a la HOAC, porque deberían arrollar a la Iglesia y no la arrollarán». La polémica con Solís Ruiz en LÓPEZ GARCÍA, B. (1985); LÓPEZ GARCÍA, B. (1995), pp. 121-123; y CASTAÑO COLOMER, J. (1978), pp. 77-80.
52. Archivo de la Comisión Nacional de la HOAC, Caja 201, carpeta 5: «Fiesta del Trabajo, San José Obrero, 1960. Llamamiento de la HOAC»: *Boletín HOAC. Suplemento especial*, 1º de mayo de 1960 (tres hojas).

53. Artículo de Jesús Suevos reproducido por BLÁZQUEZ, F. (1991), p. 144.
54. Pla y Deniel a Camilo Alonso Vega, Toledo, 29 de mayo de 1962, reproducido en *ibid.*, pp. 872-873.
55. Carta de Camilo Alonso Vega a Pla y Deniel, Madrid, 6 de junio de 1962, reproducida íntegramente en *ibid.*, pp. 873-874.
56. La propuesta aprobada en Munich era muy moderada pero afirmaba, contundentemente, la necesidad de instaurar en España «instituciones auténticamente representativas y democráticas», la garantía de los derechos humanos, el reconocimiento de la libertad sindical, el derecho de huelga y la libre organización de partidos políticos.
57. Reproducido íntegramente en SATRÚSTEGUI, J. (dir.) (1993), pp. 228 y ss.
58. «Las HOAC han sido instrumentos de frustración de muchos empeños sindicales positivos (...) han prosperado auténticos sindicatos católicos camuflados frente a los sindicatos unidos de los trabajadores que constituyen la Organización Sindical Española»: cita del artículo «Desde fuera», publicado en *Pueblo* en septiembre de 1962.
59. *Libertad*, 9 de junio de 1962.
60. El escrito terminaba con una llamada a la «unidad [...] alrededor de nuestro Caudillo, en haz apretado y con mayor ímpetu»: Archivo de la Comisión Nacional de la HOAC, Caja 202, carpeta 1: escrito de la Jefatura Provincial de Valladolid de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, Valladolid, 12 de junio de 1962. La represión gubernamental por el «contubernio» confirmó el temor franquista a la influencia de la Democracia Cristiana: de los 9 confinados en Canarias, seis eran democristianos y uno, Alfonso Prieto, pertenecía a la Acción Católica.
61. Se acusaba al militante de haber permanecido «puño en alto», en puro estilo marxista. Así lo exponía, con evidente indignación, el presbítero Mariano Carrillo en *Arriba* y en el diario murciano *Línea* con un artículo titulado «Con el puño en alto». Carrillo cuestionaba la fidelidad de las Organizaciones Obreras de Acción Católica a los principios cristianos y las acusaba de ser un semillero de infiltraciones comunistas, de ejercer la demagogia y entregarse a la dialéctica marxista. Por su parte, Castaño Colomer recoge todos los diarios «de la Cadena Azul» que reprodujeron tales acusaciones: *Tarrasa Información* (artículo de Octavio Carreras: «¿Tenemos necesidad de importar patetismo social?», del 3 de agosto de 1963); *Manresa* (10 de septiembre de 1963); *Arriba* (6 y 11 de septiembre de 1963); *Voz de Castilla* (Burgos, 8 de septiembre de 1963); *La Región* (Oviedo, 8 de septiembre de 1963); *Pueblo Gallego* (Vigo, 6 de septiembre de 1963). Finalmente, con el famoso editorial «Infiltraciones comunistas en la Iglesia», publicado el 12 de octubre, *Signo* salía en defensa de la JOC y de las demás organizaciones apostólicas, e incluso consideraba un orgullo el acercamiento -si es que de verdad se había producido- de los militantes marxistas a las organizaciones apostólicas: CASTAÑO, J. (1978), pp. 99-101, y Archivo personal de T. Pérez Rey, Documentos...: «Informe Jerarquía. 20 de enero de 1964».
62. El documento denunciaba que «la opinión negativa no ha podido manifestarse y defenderse públicamente».
63. El origen de la cárcel se encuentra en las gestiones realizadas en 1965-1968 entre el presidente del TOP y el obispo de Bilbao, Pablo Gúrpide, para buscar un lugar donde hacer cumplir prisión al sacerdote Alberto de Gabcayogascoa por delito de propaganda ilegal leída en dos iglesias. Primeramente se le trasladó a la abadía cisterciense de Dueñas, pero los monjes se quejaron por los disturbios y el malestar creados por dicha situación. En julio de 1968, y después de no haber encontrado otro establecimiento religioso, el presidente del TOP decretó que el sacerdote cumpliera sus años de prisión en la cárcel provincial de Zamora, con las prevenciones contenidas en el artículo 16 del Concordato: CÁRCEL ORTÍ, V. (1997), pp. 38-40.
64. Por ejemplo, el 1 de mayo de 1968 eran detenidos 25 militantes de la HOAC de Santander, y en enero de ese mismo año, una diócesis española informaba a la Comisión Nacional de la HOAC: «La situación respecto a nuestra diócesis relacionada con las últimas detenciones habidas, que ha afectado a catorce de nuestros militantes, es la siguiente: Comenzaron las detenciones el día 14 de noviembre del año pasado [1967] y en una semana han detenido a 47 personas, entre ellas a 14 militantes. Según nuestros informes, iban a continuar las detenciones, afectando a muchos más militantes, pero la oportuna y valiente exhortación del señor Obispo, hecha pública, cortó esta intención y otras posibles medidas. Después de 15 días de prisión, fueron puestos en libertad [...] nueve, entre los cuales se encontraban dos militantes, uno de ellos Presidente de un Centro. Poco más de un mes [...] son puestos en libertad bajo fianza (5.000 y 15.000) doce de los detenidos, entre los que se encuentran otros dos detenidos de la HOAC, y el día 4 de este mes, también bajo fianza de 10.000 pts., son puestos en libertad [...] quince de los detenidos, entre ellos diez de la HOAC, entre los que se encuentran varios Presidentes de Centros y el Presidente Diocesano. [...] Hemos de decirlos que ha sido de gran satisfacción para esta diócesis y

- para todos sus militantes, la información hecha por la Comisión Nacional, pues hemos recibido y estamos recibiendo ayuda de muchas diócesis de España y del extranjero. Gracias a ello, hasta ahora no ha faltado el pan en los hogares de ninguno de los detenidos (47)»: Archivo personal de Teófilo Pérez Rey: «Detenciones. Testimonio. 13 de enero de 1968».
65. Dicha nota denunciaba determinadas actividades «impropias de la Acción Católica», aludiendo directamente a movimientos, clérigos y laicos que criticaban las buenas relaciones entre Iglesia y Estado. «Se encarga a la CEAS que entienda en el asunto», dictaminó la Asamblea Plenaria del Episcopado: MURCIA, A. (1995), pp. 359-361.
66. Todas estas acusaciones y otras más (contagio marxista, apostolado sin fe, fractura de la unidad interna, disolución de lo específico de la AC en lo genérico del «apostolado secolar», desinterés hacia las «obras marginales», etc.) en GUERRA CAMPOS, J. (1989), en especial las pp. 25-35.
67. A este respecto, el cardenal primado, Enrique Pla y Deniel, aconsejó a Tomás Malagón, consiliario de la HOAC: «Tenéis que seguir la línea de la JOC. Tenéis que imponeros la misma orientación de las ACLI, tan queridas del Papa. Rovirosa que no mande. Un hombre separado de su mujer, un autodidacta, no puede seguir gobernando la HOAC»: Basilia López, op. cit., p. 85. En otro lugar, se recoge el siguiente testimonio: «El Sr. Cardenal insistió repetidas veces en la necesidad de guardar celosamente el espíritu jerárquico propio de toda la Acción Católica, con exclusión de toda labor política y temporal. Son los Metropolitanos, dijo, los que ahora se quejan de la HOAC, sin que esto signifique que el Gobierno haya desistido en sus ataques»: Extracto de la conversación de Tomás Malagón con Pla y Deniel del 4 de mayo de 1957, en Archivo personal de Teófilo Pérez Rey, Documentos...: «Comisión Nacional. 17 de mayo de 1957». Basándose en el testimonio personal de Julián Gómez del Castillo, militante hoacista de Santander y co-fundador de la editorial ZYX, Antonio Murcia señala que la causa inmediata de dicha destitución fue un malentendido relacionado con el Frente de Liberación Popular: Rovirosa pasó por Zaragoza en visita de trabajo a un pueblo próximo y, al no poder saludar al obispo Morcillo por encontrarse ausente, le dejó una nota. Aquel mismo día se celebraba en una capilla de la basílica del Pilar una reunión clandestina de militantes vascos y catalanes del FLP, entre ellos el sacerdote mosén Dalmau. El gobernador civil informó a Morcillo y le mencionó la presencia entre los reunidos de «un destacado católico catalán»; el prelado lo asoció con Rovirosa, y «lo siguiente fue una determinación tomada de acuerdo entre Morcillo, Tarancón y el cardenal Pla y Deniel». Hoy se sabe que la persona que denunció a Rovirosa ante el gobernador civil fue Antonio F. de Correa Vèglison, delegado nacional de prensa y propaganda, ex gobernador civil de Barcelona y miembro del consejo de los Hombres de Acción Católica: ver el capítulo citado de Antonio Murcia, p. 300.
68. Informe policial de abril de 1962 enviado a los obispos por Camilo Alonso Vega, y que contiene información sobre un dirigente de la HOAC de Vizcaya y su ficha policial; sobre el nº 348-A del *Boletín HOAC*; sobre un consiliario de la HOAC de Cartagena; sobre la colaboración de hoacistas y comunistas coaligados en Badajoz; sobre una hoja editada por HOAC y JOC en San Sebastián, etc.: SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. (1986), pp. 350-357.
69. TARANCÓN, V. E. (1964), pp. 128-129.
70. Tema III, 2: «Actitud de algunos católicos ante el orden legal».
71. La cronología de dimisiones fue espectacular: antes de entrar en vigor los nuevos estatutos, Enrique Miret Magdalena, presidente de la Unión Nacional de Graduados, presentaba su dimisión a la jerarquía; en marzo de 1968, JOC y HOAC rechazaban por escrito el nuevo reglamento; Felipe Fernández Alía, consiliario nacional de JOCF, recriminaba su proceder a los obispos de la CEAS y era inmediatamente fulminado; el 24 de abril dimitían todos los dirigentes nacionales (106) a excepción de la presidenta de la HOACF, el presidente de la AC general de Jóvenes, el de los Hombres y el recién nombrado de la Unión Nacional de Graduados. HOAC y JOC, por su parte, persistían en buscar una solución dialogada que les permitiese permanecer en el seno de la Acción Católica pero al margen de los Estatutos.
72. La conversación completa en LABOA, J. M<sup>a</sup>. (2000), pp. 227-228.
73. Ya en 1968, Julián López García, director técnico del Departamento de Investigaciones Sociales de *Fomento Social*, reconocía que «la situación actual de la Iglesia española es poco favorable para un clima de vocaciones; se da una división entre el clero, entre clero y seculares, entre los seculares entre sí; división apasionada entre integristas y progresistas, partidarios de unos movimientos apostólicos o de otros, etc. Esta división toca lo más íntimo de la Iglesia y produce un desprestigio acentuado... Esta división interior, aunque con tonos mucho más suaves, también la acusan naciones como Alemania, Bélgica, Francia e Italia»: en *Revista de Fomento Social*, diciembre de 1968, p. 396. Lo cierto

- es que la «crisis de la AC» fue el detonante de una división múltiple en el seno de la Iglesia que también se extendió a las organizaciones seculares más avanzadas. Es conocido, por ejemplo, el reproche emitido CPS y Comunidades Cristianas Populares a una HOAC que juzgaban mediatizada por la jerarquía en virtud de su pertenencia orgánica a la Acción Católica. Una de las personas que más se esforzaron por solventar tales diferencias fue el consiliario hoacista Javier Domínguez, que en 1970 abogaba por «no plantear el dilema de comunidades o movimientos apostólicos, sino que hay que ver la manera de conjugar todo»: Archivo de la Comisión Nacional de la HOAC, Caja 69, carpeta 4, «Pleno de la CN celebrado en Ávila los días 28 de febrero y 1 de marzo de 1970», hojas 4 y 5. Dos años más tarde, Domínguez volvía a insistir en que «como realización concreta de la Iglesia misionera, la HOAC es un conjunto de comunidades cristianas de base, que consideran la evangelización del mundo obrero como su apostolado o misión específica»: DOMÍNGUEZ, J. (1972), pp. 9-10.
74. Después de una serie de encuentros e inicios de coordinación, en 1968 surge la Federación de Asambleas Cristianas (FAC). Lo primero que hizo la FAC fue protestar contra el vigente sistema de nombramiento de obispos y contra el Proyecto de Ley Sindical. La Primera Asamblea de Comunidades de Base tiene lugar en Valencia, en septiembre de 1969, y a ella asistieron 148 personas procedentes de 24 diócesis. Por su parte, Cristianos por el Socialismo nació oficialmente en Barcelona en 1973, con el objetivo de avanzar en la construcción del socialismo marxista y conciliar la fe cristiana con esta opción ideológica. Entre sus auspiciadores se encuentran los tantas veces citados Alfonso Carlos Comín, Juan N. García Nieto, José María González Ruiz, Reyes Mate y Alfredo Fierro. Los *Documentos* de «Ávila» (1973) y Burgos (1974) exponían todas sus pretensiones, denunciaban por opresora la situación política del país y criticaban duramente la actitud de los obispos y de la mayoría de los católicos españoles: FIERRO, A. y MATE, R. (1975); la revista *Iglesia viva* dedicó dos números monográficos a CPS, el 52-53 (julio-octubre de 1974), y el sesenta (noviembre de 1975).
75. En mayo de 1973, el movimiento de Comunidades Populares difundió un comunicado en el que se comprometía a trabajar por la promoción de los derechos humanos. Junto a los actos en solidaridad con los encausados en el proceso 1001, en 1974 salieron a la luz unas «bases comunes de Iglesia popular» que denunciaban la actuación de la Iglesia española durante y después de la Guerra Civil, señalaban la necesidad de entablar un diálogo entre marxismo y cristianismo, y apostaban por una Iglesia comprometida con una sociedad libre y democrática. Los comunicados de la Iglesia popular se sucedieron en años siguientes, siempre en un tono de denuncia y reivindicación político-social e intraeclesial.
76. Los esfuerzos de la HOAC y de otros movimientos apostólicos en orden a fomentar una pastoral conjunta contrastan con los juicios esgrimidos por la llamada «Iglesia Popular», no excesivamente proclives a dichas organizaciones: en efecto, si bien reconocían la labor desempeñada por los mismos en el movimiento obrero español, a la altura de 1975, las consideraban un *escalón* inferior en cuanto a nivel de conciencia social y compromiso «liberador», situando a sus militantes en el sector de «cristianos “progres”» afines a partidos liberales y a la democracia cristiana. Por el contrario, Comunidades Cristianas, Iglesia Popular y Cristianos por el Socialismo constituirían, según esta lectura, el escalón superior y de vanguardia, el de los llamados «cristianos comprometidos», que no concebían la salvación auténtica sin la liberación humana integral, pues «lo importante es adoptar una actitud liberadora como Cristo, Moisés y los profetas, una praxis correcta históricamente»: Archivo Regional de CCOO de Castilla y León, Caja 63, Carpeta 5: folleto de la «Iglesia Popular» sobre el 1 de mayo de 1975, 12 págs (p. 8). Críticas similares aparecen en el documento *Cristianos por el socialismo. Informe sobre el Estado Español*, marzo, 1975, documento II («La Iglesia en el Estado»), pp. 2-6.
77. Este proceso comienza a escala nacional en 1969, cuando la pugna con los comunistas que estaban en CCOO se saldó con la salida de muchos católicos que militaban también en USO y FOC, y con la puesta en marcha de grupúsculos radicales como *¿Qué hacer?*, Plataformas Anticapitalistas, Liga Comunista Revolucionaria, *Movimiento Obrero Autogestionario* (MOA), Acción Comunista, Partido Comunista marxista-leninista, Bandera Roja, etc. Lo mismo sucede dentro de USO, cuya escisión trotskista, plagada de militantes de JOC, HOAC y MCE, fundará grupúsculos asamblearios del estilo de *Lucha Obrera*. Sobre las divisiones en CCOO, ver DÍAZ, J. A. (1977).
78. El citado Saña recordaba en una entrevista: «La Editorial ZYX fue la plataforma que permitió recuperar la memoria histórica de lo que había sido el movimiento, no solamente libertario, sino el movimiento obrero y sindicalista español. Y para mí, aparte de mi vinculación personal a la editorial, aparte del afecto que le he tenido siempre, pues significa un proyecto editorial



- realizado que ha sido el más importante que ha tenido España... Lo que más me impresionó como libertario es que era una cosa organizada por cristianos vinculados al movimiento obrero y publicando la cultura libertaria y socialista. Fue en toda regla un experimento único en la época del franquismo»: *Autogestión*, 30 (octubre de 1999).
79. Así lo recordaba el editorial de *En Lucha* del 28 de abril de 1974.
80. Como señala Basilisa López García, estos «Quehaceres» de la HOAC se asemejaban bastante a un proyecto político marcadamente radical y enormemente purista: LÓPEZ GARCÍA, B. (1995), pp. 260-263.
81. A escala nacional alentaron la *organización de la clase* militantes hoacistas que también estaban en la editorial ZYX como Teófilo Pérez Rey, Oriol, Aguado y Molina.
82. En este sentido, *Liberación* señalará entre sus principales influencias al «primer Gramsci», al movimiento consejista del norte de Italia y al teórico Pannekoeck; sobre el tema, ver DROZ, J. (1986), p. 870.
83. Archivo personal de G. García, «Esquema para organizar un Plan de Actividades por Ramos e Instituciones básicas de convivencia» (s/f).
84. «Su preocupación es aparecer como de orientación socialista, pero neutra en cuanto toma de posición por una u otra corriente, abierta al diálogo, a la confrontación de criterios, siempre y cuando los oponentes potenciales [...] sean coincidentes en lo fundamental: negación más o menos velada de la validez del marxismo, de su aportación histórica; crítica virulenta a todo cuanto sea soviético, utilizando los errores de los países socialistas para negarlos, divulgando sus interpretaciones acientíficas de los sistemas económicos yugoslavo, checo, etc., frente sistema económico soviético, y sobre todo con un furibundo anticomunismo apenas velado»: Archivo del Comité Central del PCE: Fondo *Provincias Castellanas*, Jacq. 183.: informes sin fecha sobre ZYX.
85. Ya el X Congreso del PSOE (1967) expresa la apertura que señalamos. En este sentido, Gregorio Peces Barba y «un grupo de amigos» pertenecientes a la congregación apostólica de los jesuitas FECUM (Alzaga, Rupérez, Camuñas, etc.) participan, todavía en los años sesenta, en la reconstrucción de Izquierda Demócrata Cristiana de Manuel Giménez Fernández. En este sentido, Peces Barba, militante y secretario general de la Unión de Jóvenes Demócrata Cristianos (UJDC) en los años sesenta, será el más significado en lo referente a las declaraciones e intentos de aproximación entre cristianismo progresista y socialismo democrático.
86. La documentación contenida a este respecto en el Archivo General de la Administración es ingente. La solidaridad eclesíastica con los procesados se extendió por todas las diócesis. En Madrid, por ejemplo, destacó la solicitud de clemencia redactada por Luis Barbero, José Bueno y Virgilio Sánchez, así como numerosas reuniones culturales y huelgas estudiantiles.
87. Cinco sacerdotes de Granada fueron multados con un millón y medio de pesetas: al no poder pagar, fueron encarcelados. Sucesos semejantes se produjeron en Barcelona, La Coruña, Pamplona, Valencia, Cádiz, Albacete, Málaga, Santander y Algeciras.
88. Cuando la sentencia fue cumplida, Pablo VI, en una audiencia general extraordinaria celebrada el 27 de septiembre, la condenó duramente: «No podemos terminar [...] sin confiaros en dolor que sentimos, en este día, por la dramática noticia que nos ha llegado de la ejecución realizada —esta mañana— de las personas condenadas a muerte en España»; el pontífice realizaba «una vibrante condena de una represión, tan dura, que ha ignorado incluso los llamamientos que, de numerosas partes, se han levantado ante tales ejecuciones [...] Incluso Nos habíamos solicitado tres veces clemencia; y precisamente esta noche, después de haber conocido la noticia de la confirmación de las condenas, hemos suplicado nuevamente a quien compete, en nombre de Dios, para que se eligiese, en lugar de la mortífera vía de la represión, aquella de la magnanimidad y la clemencia. Desgraciadamente, no hemos sido escuchados».
89. FRANCO SALGADO-ARAUJO, F. (1976), p. 544.
90. Indignado, el prelado Gabino Díaz Merchán no tardó en alzar la voz en defensa de los encerrados: VEGA GARCÍA, R. (1994). Otros muchos ejemplos de la iglesia asturiana en ITURRIOZ FANJUL, O. (1993).
91. Entre los cientos de casos existentes encontramos, por ejemplo, la condena de 3 años de prisión menor y 10.000 pesetas de multa al párroco de Nuestra Señora de la Montaña de Madrid, acusado de «propaganda ilegal»; los documentos y homilias de sacerdotes sevillanos en favor de las protestas obreras planteadas en «Andalucía de Cementos» (1973); las homilias pronunciadas en febrero de 1973 en siete parroquias de la periferia de Pamplona, que motivaron la detención de 22 sacerdotes y la solidaridad expresa de 207; las multas impuestas, entre abril de 1973 y enero de 1975, a 41 sacerdotes de esa misma diócesis por sus homilias contestatarias; las sanciones decretadas por el gobernador civil de Bilbao contra 51 sacerdotes en ese mismo periodo; la impactante detención de

- sacerdotes madrileños ocurrida en el verano de 1975, etc. Entre 1970 y 1974, el clero contestatario llevó a cabo una importante labor de este tipo sobre todo en las diócesis de Barcelona, Pamplona, Málaga, Madrid, Bilbao, Córdoba, Mondoñedo-El Ferrol, San Sebastián, Santander y Tarragona. Incluso en provincias tradicionalmente menos conflictivas comenzaron a prodigar homilías contestatarias que fueron inmediatamente multadas: así, en 1975, tres sacerdotes lo fueron con 400.000 pesetas por pedir señales de tráfico para peatones y organizar una manifestación en favor de una escuela para 240 niños; el párroco de la iglesia salmantina de San Martín fue multado en noviembre de 1974 con 50.000 pesetas; y en Valladolid sufrieron detención y multas, desde 1970, el sacerdote Millán Santos, párroco en el barrio de las Delicias, y el jesuita Buenaventura Alonso, de La Pilarica.
92. LEÓN Y FRANCIA, P. (1995). Dos años antes, su documento *La Paz es posible*, redactado en medio de una honda conflictividad social, fue calificado por el Servicio de Información de la Dirección General de Seguridad de «politización extrema y anti-régimen... prueba indudable de que la ofensiva vaticana del clero contestatario está centrada exclusivamente en España y en todos los países de la progenie española». Incluso hablaba de un «contubernio Iglesia Católica-URSS» contra España y los países latinoamericanos: citado por YSÁS, P. (2004), p. 180.
93. De hecho, ya en 1974 las autoridades sindicales navarras denunciaban «la postura claramente progresista y beligerante de un amplio sector del clero, que hizo suyos desde un primer momento los planteamientos conflictivos de los trabajadores, animándolos y apoyándolos desde el púlpito»: id., p. 120.
94. Archivo General de la Administración, Cultura, MIT: «Iglesia», 1973: reproducido en id., p. 192.
95. Sigue siendo de cabecera, a este respecto, la obra pionera de BADA, J., BAYONA, B. y BETES, L. (1979). También, COSTA I RIERA, J. (1997).
96. Una exhaustiva relación en los libros citados de Rafael Díaz-Salazar. Es interesante la biografía de Diamantino García a cargo de FORCANO, B. (2001).
97. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J.J. (1983), p. 2.
98. El mismo Quiñán señala: «[El movimiento obrero en Granada] surge debido a un grupo de obreros fundamentalmente de la construcción, algunos de los cuales militaban en el Partido Comunista, en Comisiones Obreras, en la HOAC, curas obreros del clero secular y jesuitas... Bajo la cobertura de la HOAC con sus GOES nos reuníamos en la casa de los Combonianos un grupo de obreros bastante numeroso...»: QUITIÁN, A. (1994). Sobre el conflicto, ver RAMOS ESPEJO, A. (1978).
99. Fundación 1º de Mayo, *Boletín de la Delegación Exterior de CCOO (DECO)*, nº 40 (abril de 1972), p. 3, y nº 41 (mayo de 1972), p. 6.
100. Imitación de su homónima trostkista francesa, *Lucha Obrera* fue impulsada en Valladolid por el joquista Pedro Oyagüez y el hoacista Antonio Ruipérez, quienes, además, pusieron en marcha su propia revista, *Valladolid en lucha*.
101. Durante el conflicto de la factoría automovilística vallisoletana, este movimiento asambleario actuó promocionando asambleas de trabajadores con funcionamiento plenamente democrático y representativo, y marginando a los representantes sindicales oficiales: las asambleas, que se decían plenamente democráticas, elegían a sus propios delegados, los cuales sustitúan a dicha representación en las negociaciones con la empresa; por su parte, los activistas más significados dimitían de sus cargos representativos y, mediante una amplia campaña de recogida de firmas, lanzaban la consigna de obligar a dimitir al resto de representantes: Archivo Histórico Provincial de Valladolid, Sección AISS, Caja 5.641, Carpeta 3: *Informe interno del Delegado Provincial de Sindicatos sobre los sucesos de FASA*, Valladolid, 4 de febrero de 1975.
102. Las Asociaciones de Vecinos surgieron a raíz del Estatuto Orgánico del Movimiento de diciembre de 1968, especialmente en los barrios obreros de la periferia urbana a partir del masivo movimiento de población rural a la ciudad, fruto esto último del desarrollo económico y del crecimiento de los sectores secundario y terciario a costa del retroceso del primario. Las Asociaciones solían estructurarse a partir de una Junta Directiva de carácter elegible, Comisiones de Trabajo centradas en distintas áreas (cultura, enseñanza, urbanismo, vivienda...), Coordinadoras de Zona y Delegados de Calle encargados de coordinar y representar a los vecinos. A su vez, la asamblea era el órgano principal para la toma de decisiones. Sus objetivos eran mejorar las condiciones de vida del barrio, instaurar Ayuntamientos democráticos, fomentar el espíritu ciudadano y contribuir al advenimiento de la democracia. Para ello, planteaban reivindicaciones como vivienda digna y asequible, enseñanza y sanidad gratuitas y de buena calidad, transporte público barato, infraestructuras urbanas -agua, luz, alcantarillado, zonas verdes, instituciones deportivas y recreativas, etc.-, respeto a los derechos de los ciudadanos y a las libertades políticas, y protección del medio ambiente.

## Bibliografía

- ÁLVAREZ, S. (1965): «Hacia una alianza entre comunistas y católicos», en *Peace, Freedom and Socialism*, 6.
- AZCÁRATE CID, M. (1965), «Anotaciones de un marxista español», en *Realidad*, 5.
- BABIANO, J. (1995): «Los católicos en el origen de Comisiones Obreras», en *Espacio, Tiempo y Forma*, 8, pp. 277-297.
- BADA, J., BAYONA, B. y BETES, L. (1979): *La izquierda, ¿de origen cristiano?*, Zaragoza, Co-meta.
- BENZO, M. (1964): «Tres etapas de la Acción Católica española», en *Ecclesia*, 1178.
- BLÁZQUEZ, F. (1991): *La traición de los clérigos en la España de Franco*, Barcelona, Trotta.
- CÁRCEL ORTÍ, V. (1997): «La cárcel “concordataria” de Zamora y el “caso Añooveros”», en *Revista Española de Derecho Canónico*, 142.
- CARRILLO, S. (1967): *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, París, Editions Sociales.
- CASTAÑO COLOMER, J. (1978): *La JOC en España (1946-1970)*, Salamanca, Sígueme.
- COSTA I RIERA, J. (1997): *Dels Moviments d'Esglesia a la Militancia Política*, Barcelona, Mediterránea.
- DÍAZ, J. A. (1977): *Luchas internas en Comisiones Obreras. Barcelona, 1964-1970*, Barcelona, Bru-guera.
- DÍAZ, C. (s/f), *El pensamiento personalista de Rovirosa. Cuadernos de Estudio y Debate del Movimiento Cultural Cristiano*, Madrid.
- DÍAZ-SALAZAR, R. (1998): *La izquierda y el cristianismo*, Madrid, Taurus.
- (2001): *Nuevo socialismo y cristianos de izquierda*, Madrid, HOAC.
- DOMÍNGUEZ, J. (1972): «La Comunidad Cristiana en la HOAC», en *Boletín de la HOAC*, 602-603.
- DROZ, J. (1986): «El izquierdismo», en *Historia general del socialismo. De 1945 hasta nuestros días (II)*, Barcelona, Destino.
- FIERRO, A. y MATE, R. (1975): *Cristianos por el Socialismo*, Navarra, Verbo Divino.
- FORCANO, B. (2001): *Diamantino García: el cura de los pobres*, Madrid, Nueva Utopía.
- FRANCO SALGADO-ARAUJO, F. (1976): *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta.
- GARCÍA ALCALÁ, J. A. (2001): *Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- GARCÍA NIETO, M<sup>a</sup> C. (1993): «Participación en partidos y sindicatos», en *XX Siglos* 16, pp. 96-109.
- GARCÍA PIÑEIRO, R. (1993), «Represión gubernativa y violencia institucional en la huelga minera de 1962», en VVAA, *El régimen de Franco (1936-1975)*, Madrid, UNED, tomo II.
- GARCÍA RICO, E. (1998): *Queríamos la revolución. Crónicas del FELIPE*, Barcelona, Flor del Viento.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J. J. (1983): «Las organizaciones profesionales agrarias», en *Cuadernos de Economía Española*, 16.
- GUERRA CAMPOS, J. (1989): *Crisis y conflicto en la Acción Católica Española y otros órganos de Apostolado Secular desde 1964. Documentos*, Madrid, ADUE.

- ITURRIOZ FANJUL, O. (1993): «La Iglesia asturiana en la transición política española», en *XX Siglos*, 16, pp. 127-144.
- LABOA, J. M<sup>a</sup>. (ed.) (1988): *El Postconcilio en España*, Madrid, Encuentro.
- (2000): *La Iglesia en España. 1492-2000*, Madrid, San Pablo.
- LECUNZA, J.M. (2002): «La JOC de Rentería (1931-1975)», en *Bilduma*, 16, pp. 95-147.
- LEÓN Y FRANCIA, P. (1995): «Justicia y paz: pasado, presente y futuro», en *XX Siglos*, 23.
- LÓPEZ GARCÍA, B. (1985): «Discrepancias entre el Estado franquista y las asociaciones obreras católicas en 1960. La correspondencia del Cardenal Pla i Deniel y el Ministro Solís», en *Anales de Historia Contemporánea*, 4, pp. 259-281.
- (1995): *Aproximación a la historia de la HOAC*, Madrid, HOAC.
- MATA, M. (1967), *La Huelga de Bandas*, Madrid, ZYX.
- MARAVALL, J. A. (1978): *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara.
- MARTÍN, J. (1961): *Los cristianos en el Frente Obrero* (reeditado por Acción Cultural Cristiana en 1993).
- (1963): *La lucha obrera*, Madrid, Euramérica.
- (1966): «El Frente Obrero» en *El sindicato. Instrumento de conquista*, Suplemento del Boletín HOAC, Madrid.
- (1967): *Comisiones Obreras*, Madrid, ZYX.
- (1968): *Acción sindical de los cristianos en España*, Madrid, ZYX.
- MARTÍN ARTILES, A. (1990): «Del blindaje de la sotana al sindicalismo aconfesional (Breve introducción a la historia de la Unión Sindical Obrera)», en TUSELL, J., MATEOS, A. y ALTED. A., *La oposición al Régimen de Franco*, t. I, vol. 2, Madrid, Uned, pp. 165-189;
- MATEOS, A. (1987): «Comunistas, socialistas y sindicalistas ante las elecciones del “Sindicato Vertical”. 1944-1967», en *Espacio, Tiempo y Forma*, 1, pp. 384-392.
- (1994): «Los orígenes de la Unión Sindical Obrera: Obrerismo juvenil cristiano, cultura sindicalista y proyecto socialista», en *XX Siglos*, 22, pp. 107-118.
- MONTERO, F. (1995): «La Acción Católica», en *XX Siglos*, 25.
- (2000): *La Acción Católica durante el Franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica durante el Franquismo*, Madrid, UNED.
- MURCIA, A. (1995), *Obreros y obispos bajo el franquismo*, Madrid, HOAC.
- PÉREZ DÍAZ, V. (1986): *El retorno de la sociedad civil*, Madrid, CIS.
- QUITIÁN, A. (1994): «Recuerdos de una huelga: Granada 1970», en *XX Siglos*, 22.
- RAMOS ESPEJO, A. (1978): *Andalucía: campo de trabajo y represión*, Granada, Alcibe.
- ROVIROSA, G. (1964): *¿De quién es la empresa?* Madrid, ZYX.
- RUIZ, D. (1995): *Historia de Comisiones Obreras*, Madrid, Siglo XXI.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. (1986): *El cardenal Herrera Oria. Pensamiento y Acción Social*, Madrid, Encuentro.
- SATRÚSTEGUI, J. (dir.) (1993): *Cuando la Transición se hizo posible. El “contubernio de Munich”*, Madrid, Tecnos.
- SOTO CARMONA, Á: «Huelgas en el franquismo: causas laborales-consecuencias políticas», en *Historia Social*, 30, pp. 39-63.
- TARANCÓN, V. E. (1964): *Ecumenismo y pastoral*, Salamanca, Sígueme.

- VEGA GARCÍA, R. (1994): «Cristianos en el movimiento obrero asturiano durante el franquismo. Un apunte», en *XX Siglos*, 22, pp. 3-11.
- (coord.) (2002): *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Gijón, Trea/Fundación Juan Muñiz Zapico.
- VICENTE FRESNO, F. (2001): «El Movimiento Rural Cristiano: fermento de fe, de vida y de esperanza en el mundo rural español», en *XX Siglos*, 49, pp. 62-78.
- VIGIL y VÁZQUEZ, M. (1993): «Signo, la revista de los jóvenes de Acción Católica (1936-1967)», en *XX Siglos*, 16, pp. 52-62.
- ZUFIAUR, J. (1976): *USO*, Barcelona, Avance.

## RESUMEN

El autor analiza con profusión de detalles la evolución e importancia que los movimientos católicos tuvieron en el proceso de socialización política democrática durante el franquismo, gracias a la acción de sus militantes, a sus instrumentos formativos y a sus mimbres organizativas. De hecho, afirma que los movimientos especializados de Acción Católica Española se convirtieron en un reducto de libertad en la España autoritaria de los años sesenta. Desde ahí, sus militantes participaron en las principales luchas, iniciativas e instituciones antifranquistas del momento. El doble hostigamiento que sufrió, tanto político como eclesiástico, los sumió en una crisis, siendo desplazados a un segundo plano en su oposición al régimen por las plataformas político- sindicales que fueron surgiendo. Con todo, los militantes católicos más dinámicos radicalizaron sus posturas y participaron activamente en el movimiento obrero tardofranquista, contribuyendo, en su medida, a asentar las bases socio-mentales de la transición a la democracia.

## LABURPENA

Egileak zehaztasun handiz aztertzen du frankismoaren bitartean mugimendu katolikoek sozializazio politiko demokratikoaren prozesuan izan zuten papera. Horretarako erakunde hauetako militante, formakuntzarako tresna eta antolakuntza egiturei buruzko azalpen sakona egiten du, Espainiar Acción Católica espezializatuaren mugimenduak, 60. harmarkadako Espainia autoritarioaren baitan, askatasunerako esparru gisara aurkezten dituen irudia osatuz. Honela, militante katolikoak, esparru hauetatik abiatuta, momentuko borroka eta erakunde antifrankista nagusienetan parte hartzen agertzen dira. Mugimendu hauek jasan behar izan zuten politika eta elizaren parteko presio bikoitzak, krisian murgildu zituen eta azkenean plataforma politiko eta sindikal jaioberriek ordezkatu zituzten erregimenaren aurkako oposizioaren ekimenean. Baina militante katoliko dinamikoek euren jarrerak erradikalizatu eta frankismo amaierako langile mugimenduan parte hartu zuten heinean, trantsizioaren oinarri sozial eta mentalak ipintzen lagundu zuten zalantzarik gabe.

## ABSTRACT

The author analyses with a wealth of detail the evolution and importance that Catholic movements had in the process of socialization towards democracy during Francoism, thanks to its members' actions, formative devices and its organization. Actually, the autor claims that «Spanish Catholic Action Movements» became the home of freedom in the authoritarian Spain in the 1960's. Their members took part in the main fights, initiatives and institutions against Franco. «Spanish Catholic Actions» suffered from political and ecclesiastical harassment, which plunged them into a crisis. They were pushed into the background in their fight against the regime by new political and trade union movements. In spite of that, the most dynamic catholic activists made more radical their positions and took part actively in the new working class movements in the last years of Francoism helping, in a way, to establish the bases towards democracy.